

BOLSILIBROS BRUGUERA

S
S

SERVICIO SECRETO

el sello de los asesinos

clark carrados





SS **SERVICIO SECRETO**



CLARK CARRADOS

EL SELLO DE LOS ASESINOS

Colección

SERVICIO SECRETO nº 1.150

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 25.773 - 1972

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: agosto, 1972

© CLARK CARRADOS - 1972

texto

© RAFAEL CORTIELLA - 1972

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección BISONTE:
1.284 - Milady y su pistolero.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.147 - Bajo siete llaves.
- En Colección BÚFALO:
979 - Emboscada mortal.
- En Colección CALIFORNIA:
812 - Abogado de revólver.
- En Colección COLORADO:
756 - La paz del revólver.
- En Colección KANSAS:
717 - Tumba para un hombre malo.
- En Colección BRAVO OESTE:
526- Bancarrota a tiros.
- En Colección PUNTO ROJO:
519 - El ojo de la cerradura.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
818 - El fin de la cuenta.
- En Colección ASES DEL OESTE:
635 - Las siete chicas de oro.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
86 - Un hombre leal.
- En Colección BÚFALO SERIE AZUL:
14 - La muerte juega al escondite.

CAPÍTULO PRIMERO

Las manos de Kerry Town desplegaron el periódico y lo primero que captaron sus ojos fueron los grandes titulares de una noticia sensacionalista:

«¡Robado el sello de los Grantwell! Una valiosa joya del siglo XVII, desaparecida misteriosamente.

»El famoso sello de los Grantwell, construido con una esmeralda, con su empuñadura de oro, adornada de rubíes, es una de las más famosas joyas privadas del mundo. Realizado en 1665 por un hábil artesano, para el primer lord Grantwell, hacía muchos años que no había salido de su alojamiento habitual, Grantwell Castle, salvo en contadas ocasiones y gozando siempre de una protección especial. Ayer, miss Luisa Grantwell, hija del actual lord Grantwell, observó que el cristal de la vitrina donde se guardaba la célebre joya había sido cortado con un diamante, medio empleado por los ladrones para apoderarse del sello. Se supone que los autores del robo deben ser gente especializada, ya que la vitrina que contenía el sello tenía una alarma especial, indesconectable salvo desde un punto secreto, sólo conocido de lord Grantwell y su hija...»

Kerry Town meneó la cabeza.

—Un buen «golpe», evidentemente —murmuró para sí.

Pero como no tenía, ni había tenido ni esperaba tener ninguna relación con los Grantwell, se desprecupó enseguida del asunto.

Las joyas, por otra parte, no eran una de las debilidades de Kerry Town. Aparte de que sus medios de vida no le habrían permitido semejantes dispendios, cuando quería obsequiar a una mujer le

llevaba flores o bombones. Le parecía mucho más práctico.

Y económico, claro.

Terminó la lectura del periódico y se puso a trabajar.

Así transcurrieron dos días.

Town vivía solo en una encantadora casita, en un barrio residencial. No lejos había un restaurante, en el que hacía la mayor parte de las comidas. El arreglo de la casa era cuestión de una mujer que acudía tres horas durante cinco días a la semana.

Aquel día, de un modo especial, le estuvo dando a la máquina de escribir. Descansó un rato a mediodía, tomó un bocado, hizo un poco de relax en una tumbona y reanudó la labor hacia las tres de la tarde.

El tiempo se le pasó velozmente. Cuando se dio cuenta, era ya de noche.

Tenía la cabeza embotada.

—Bueno, ya está bien por hoy —masculló.

El libro que había escrito estaba a punto de ser terminado. Prácticamente, lo único que faltaba eran unas correcciones mínimas y pasarlo a limpio.

—Espero que el editor lo acepte —se dijo.

Tenía que ser optimista; de lo contrario, debería volver a su anterior empleo y aunque era un excelente trabajo y bien remunerado, la fijeza de horarios le horrorizaba.

Para desentumecer los músculos hizo unas cuantas flexiones. Luego se dispuso a pasar un cuarto de hora dándole a los pedales de la bicicleta inmóvil. Estaba deseando entregar el original para tomarse unas cortas vacaciones. De la respuesta del editor dependía su futuro.

De pronto llamaron a la puerta.

—Espero que no sea Lulú —se dijo.

Temía a Lulú por su genio vivo. El teléfono había llamado un par de veces durante la tarde, pero, enfrascado en su labor, no había atendido las llamadas. Como hubiera sido Lulú la autora de las mismas, el escándalo iba a ser de los que hacían época.

Abrió la puerta. No era Lulú. Claramente se veía que no podía serlo.

Tratábase de un hombre de edad indefinible aunque no viejo, cubierto con un sombrero, cuya ala daba sombra al rostro, y vestido

con un abrigo que le llegaba más abajo de las rodillas. La cara del hombre era muy blanca, casi lívida, y sus ojos estaban muy abiertos.

Town vio un paquete en sus manos. El hombre se lo entregó.

—To... me... —dijo dificultosamente.

Las manos de Town se movieron de modo instintivo hacia el paquete.

—Oiga, pero ¿qué...?

—Usted es... Kerry Town...

—Sí, señor. Dígame, ¿quién le ha dado ese paquete?

—Ábralo... y lo sabrá...

El extraño sujeto dio media vuelta y se dispuso a marcharse. Entonces, Town advirtió algo raro en su espalda. Lo veía muy bien, la luz del vestíbulo daba de lleno en el cuerpo del individuo.

—Oiga, ¿sabe que no es bueno andar por ahí con un puñal clavado en la espalda? —exclamó.

El otro volvió la cara a medias y contestó:

—Sí... es... terriblemente incómodo...

Y apenas había pronunciado estas palabras, se desplomó de bruces al suelo y se quedó inmóvil.

Una vez, los amigos de Kerry le habían gastado una broma, dejándole en la puerta de su casa el supuesto cadáver de una bellísima mujer, apuñalada en el pecho. Era un maniquí, pero se llevó un susto morrocotudo.

Ahora pensó en otra broma similar. Tranquilamente, se acercó al caído y se arrodilló a su lado.

—Amigo, la broma ha cesado ya —dijo.

El otro no contestó. Entonces, Town vio una cosa que brillaba en la espalda, junto al puñal. Pasó un dedo por aquel trozo brillante del abrigo y lo retiró húmedo.

Town se estremeció.

—¡Rayos! A ver si esta vez ha ido de veras la cosa...

Buscó la muñeca del caído y no encontró el pulso. Su reacción inmediata fue ponerse en pie de un salto.

—Esta vez no es cosa de broma —masculló.

Y luego se sintió muy indignado contra los asesinos que mataban a sus víctimas en las puertas de las casas de los ciudadanos decentes.

—La de complicaciones que me va a traer. —Se lamentó, mientras entraba de nuevo en la casa, para avisar por teléfono a la policía.

De repente, se dio cuenta de que aún tenía en las manos el paquete que le había entregado el extraño individuo.

La curiosidad le hizo rasgar el fuerte papel en que estaba envuelto lo que parecía un objeto bastante pesado, en comparación con su relativamente escaso tamaño. Debajo del papel había una bolsa de terciopelo, que encerraba una buena cantidad de algodón destinada, al parecer, a preservar el contenido.

Town abrió la bolsa y extrajo el algodón. Instantes después, tenía en sus manos el objeto.

Creyó que se mareaba. Aunque no lo había visto personalmente jamás antes de aquel momento, lo reconoció en el acto.

—¡El sello de los Grantwell! —exclamó.

Durante unos instantes, Town estuvo contemplando aquella joya, que despedía vivísimos fulgores. El sello tenía una forma aproximadamente cúbica y tenía unos ocho centímetros de lado. La parte superior era de forma piramidal, a fin de permitir la inserción del mando de oro adornado con rubíes. La longitud del mango resultaba la justa para poder ser empuñado sin dificultades.

Town permaneció un rato inmóvil, fascinado por la increíble belleza de la joya, sin comprender en absoluto por qué habían tenido que entregársela a él precisamente. De pronto, recordó el cadáver que tenía en la puerta de su casa.

El sello descansó sobre una pequeña pila de papeles que tenía junto a la máquina de escribir. Luego se acercó al teléfono y marcó el 999.

—Scotland Yard, hable, por favor —contestó una voz impersonal.

—Me llamo Kerry Town y vivo en el 11 de Norbraith Street. Hay un hombre apuñalado a la puerta de mi casa.

—No toque nada, deje todo tal como está —aconsejó el funcionario de la central telefónica—. Una patrulla acudirá enseguida a investigar.

—Gracias —contestó Town.

Y, en el mismo momento, le pareció sentir la presencia indefinible de un extraño en la casa. Empezó a volverse, pero no

terminó el gesto.

Algo le golpeó con fuerza en el cráneo. Oyó una especie de cañonazo que estallaba atronadoramente dentro de su cerebro y perdió el conocimiento.

El inspector Harwood, antiguo conocido de Kerry Town, dirigió a éste una mirada reprobadora.

—Me disgusta que te hayas dado a las bromas estúpidas con la policía, Kerry —dijo—. Francamente, te creí más sensato.

—Pero te aseguro que es cierto todo lo que te he contado —protestó el joven con gran vehemencia—. El hombre vino a la puerta de mi casa, llamó y...

—Estabas cansado —cortó Harwood—. Habías trabajado demasiado y ello, en unión del par de copas que te tomaste, produjo la alucinación en una mente sobrecargada, eso es todo.

—Pero, Colin... —dijo Town, pasmado por la singular explicación que el hombre de Scotland Yard pretendía dar a su aventura.

—Lo único cierto que hay es que, cuando los agentes de patrulla llegaron a tu casa, sólo encontraron a un hombre tendido al pie de la escalera que conduce a los dormitorios: tú. Al lado de ese hombre inconsciente, debido a haberse golpeado el cráneo en la caída, había una copa rota y restos de licor. ¿Qué más quieres, Kerry?

La boca de Town se contrajo.

—Muy listos. —Calificó—. Infernalmente listos. Sin duda apuñalaron al hombre que llevaba el sello de los Grantwell, pero este pudo escapar momentáneamente y llamó a mi casa...

—¿Por qué a tu casa, Kerry?

—¡Qué sé yo! Tal vez porque era la que más cerca tenía a mano; quizá porque se daba cuenta de la inminencia de su muerte y no quería que el sello cayera en poder de otros... Pero los asesinos le seguían de cerca y tal vez, al mirar a través de la ventana, vieron el sello en mis manos. Entraron, me golpearon apenas había llamado a Scotland Yard, prepararon la comedia de la caída y, tras recoger el muerto, se largaron... Así de sencillo, Colín.

—No hay sangre en el sendero del jardín, Kerry —dijo el policía, inflexible.

—Sangró muy poco y, en todo caso, sus ropajes empaparon la sangre. Alisar la gravilla del sendero no es cosa que tome mucho

tiempo, ¿verdad? Por eso digo que fueron más de uno los que atacaron a aquel pobre hombre y luego a mí. Mientras uno me dejaba sin sentido, el otro se ocupaba del muerto, llevándoselo a algún automóvil que estaba cerca. Todo eso les costó muy poco tiempo, minutos solamente, Colin; y les sobró el suficiente para que los de la patrulla no les viesan.

Harwood hizo un gesto de asentimiento.

—En apariencia, es una explicación bastante lógica —dijo—. Un muerto, el sello de los Grantwell... pero no tenemos la menor prueba, Kerry. Y sin pruebas... —suspiró el policía.

—Vi al muerto, hablé con él; contemplé el sello, lo tuve en mis manos —clamó Town—. No, no se trata de ninguna alucinación, Colin. El sello quedó ahí, sobre esa pipa de papeles, mientras yo llamaba a Scotland Yard.

Un súbito chispazo brilló de pronto en los ojos del joven.

—¡Espera un momento, Colin! —dijo, muy excitado—. ¿Me creerás, si te presento una prueba irrefutable?

—Soy un hombre que sólo cree en lo que ve, oye y toca —contestó Harwood escépticamente.

—Muy bien —dijo Town—. Ahora verás, Colin.

Se acercó a la mesa de trabajo, levantó la primera hoja de la pila, luego quitó la hoja de papel carbón que había debajo y, finalmente, asiendo con ambas manos la siguiente cuartilla, la presentó ante los ojos del inspector.

—Cree, Colin —exclamó triunfante—. Ahora estás viendo, no puedes negar lo innegable.

CAPÍTULO II

Un profundo silencio reinó en la estancia durante algunos segundos. Después, Harwood, lentamente, tomó la cuartilla de manos de Town y se acercó a una lámpara para poder contemplarla en mejores condiciones.

—Extraordinario —murmuró, lleno de asombro—. El dibujo, aunque de líneas muy tenues, es perfecto.

—Como que fue hecho con el propio sello de los Grantwell —dijo Town, lleno de satisfacción.

Harwood volvió la vista hacia su amigo.

—Explícate, Kerry —pidió lacónicamente.

—Toda la explicación está ahí, en la cuartilla que tienes en la mano. Ahora bien, puedo admitir que, quizá inconscientemente, dejé apoyado el sello sobre la pila de papeles ya escritos, a fin de proteger a la esmeralda de algún golpe, o simplemente de la dureza de la mesa. Pero es un objeto pesado, más de mil quinientos gramos, creo, y su mismo peso imprimió esa huella a través de la primera cuartilla y del papel carbón que había inmediatamente debajo.

—Es cierto, Kerry; y debemos felicitarnos por tu costumbre de usar papel carbón al escribir...

—Lo hago siempre; me quedo con una copia de mis originales. Una vez se me perdió uno y tuve que rehacerlo de memoria. A partir de entonces, obtengo una copia y envío el original al editor.

—Excelente precaución —alabó el hombre del Yard. De pronto, metió la mano en uno de sus bolsillos interiores y sacó un par de fotografías, una de las cuales comparó con el dibujo—. No hay duda, es el sello —afirmó.

Town estudió las fotografías.

—Ya os han repartido ejemplares para los policías, ¿eh? —murmuró.

—Sí, es lógico. Además, tenemos también las características de la pieza y tu cálculo sobre el peso es muy aproximado. El sello pesa mil seiscientos doce gramos exactamente.

—Al dejarlo sobre las cuartillas, quizá hice un poco de presión —dijo Town—. Pero ¡qué emblema tan extraño!

En el dibujo y en la fotografía se veían claramente los grabados hechos por el artista trescientos años antes: una espada, con la punta hacia abajo, surmontada por una corona condal, y dos serpientes entrelazadas con la hoja de la espada. En círculo, se leía la divisa latina de la casa de los Grantwell: *Virtute et anima in gladium*.

—Vaya una divisa más extraña —comentó Town—. «La virtud y el valor están en la espada» —tradujo.

—Aproximadamente, eso es lo que quiere decir —ratificó Harwood.

—De una espada, sí se puede hablar de valor, aunque no le veo la correspondencia con la palabra latina *anima*...

—De ahí se deriva ánimo, que también equivale, según las ocasiones, a valor —sonrió el policía—. En cuanto a la virtud, está simbolizada por las serpientes.

Town dio un respingo.

—No me digas que una serpiente significa la virtud —masculló—. En la Biblia se lee, con respecto a la serpiente del Paraíso...

—Conozco la Biblia —dijo Harwood pacientemente—. Pero no debes olvidar el emblema clásico de la Farmacia: una serpiente, enroscada al pedúnculo de una copa, con la boca abierta hacia el interior de la misma, como si quiera verter su veneno en el interior. Y, recuerda, los antiguos creían en las virtudes curativas de los medicamentos derivados de serpientes. Hoy día también se extrae el veneno de esos reptiles, mediante procedimientos adecuados, para usarlos en según qué preparados médicos...

—Ya sé, ya sé —cortó Town—, es una explicación más que suficiente. —Miró de nuevo el grabado—. La virtud y el valor están en la espada —repitió—. Las serpientes explican la virtud, pero falta la mano que empuñe la espada para explicar el valor.

—La espada es valor por sí sola —sonrió el policía—. Bien, indudablemente, él o los ladrones del sello estuvieron en tu casa.

—Además del muerto, Colin, no lo olvides.

—Eso ya es más difícil, no de creer, sino de esclarecer. Pero habré de llevarme esté grabado, si no tienes inconveniente.

Town hizo un gesto con la mano.

—Es tuyo. —Cedió generosamente—. Yo lo que quiero es que me dejen en paz, Colin.

El policía sonrió mientras se dirigía hacia la puerta.

—Trataremos de molestarte lo menos posible —se despidió.

Al quedarse solo, Town no pudo evitar lanzar un sonoro «¡Uf!», con el que pretendía expresar el alivio que sentía. Esperaba que con la visita del inspector Harwood quedase cancelado aquel desagradable asunto.

Se equivocaba.

Había entregado el libro al editor y se disponía a iniciar sus vacaciones en Ibiza. Ya tenía el billete para el avión y reservada la plaza en el hotel.

—Cuatro semanas maravillosas, pereando al sol, sin hacer nada, sin pensar en nada, contemplando las bellezas de la playa... —se decía, mientras preparaba el equipaje para marchar al día siguiente.

De pronto, llamaron a la puerta.

Town miró extrañado hacia la entrada. La llamada se repitió.

Atravesó el salón y abrió. Una hermosa muchacha, de pelo oscuro y ojos verdosos, apareció ante su vista.

—¿Señor Town? —dijo ella.

—Sí, señora...

—Señorita Scylla Peckabee —se presentó la joven—. ¿Puedo hablar con usted unos minutos?

Town se echó a un lado.

—Entre, señorita Peckabee. —Accedió.

Observó furtivamente a la muchacha. Era de buena estatura y muy esbelta; hubiera parecido delgada, de no haber sido por determinadas curvas de su anatomía, que revelaban un cuerpo perfectamente diseñado.

—Usted dirá, señorita —invitó, tras irnos segundos de pausa.

—He leído los periódicos. Me he enterado de que usted ha tenido que ver algo con el sello de los Grantwell —manifestó la bella visitante.

—Por desgracia, así ha sido. Y no quiero decirle la de molestias

que me ha causado... ¿Es usted también periodista?

Scylla sonrió ligeramente.

—No —contestó—. Resido en una pequeña propiedad, en las afueras de Windrohan y a unos tres kilómetros de Grantwell Castle. Soy pintora —añadió.

—Muy interesante —dijo él—. Pero eso, ¿qué tiene que ver con el famoso sello robado?

—Mucho más de lo que usted cree, señor Town —aseguró la joven—. Como principio, le diré que el sello, pese a lo que puedan asegurar lord Grantwell y su hija, no les pertenece a ellos, sino a mí.

—Ah, ya, claro —sonrió Town—. Perdona, señorita Peckabee, pero no le he ofrecido nada. ¿Jerez? ¿Oporto? ¿Málaga?

—Oporto, gracias —pidió Scylla secamente. Y mientras él llenaba la copa, dijo: Veo que no me cree, señor Town.

El joven se acercó de nuevo a Scylla.

—La creo, señorita Peckabee, pero habrá de permitirme ser descortés y decirle que sus problemas sobre la propiedad del sello no me importan en absoluto. Dispense mi franqueza, pero sólo expreso mi opinión.

—La respeto, señor Town —contestó ella, muy envarada—. Sólo quería pedirle informes acerca de lo que le sucedió la noche que le entregaron el sello.

—¿Ha leído los periódicos?

—Sí.

—Entonces, ya lo sabe todo. Como era un asunto que no me interesaba en absoluto y no tenía nada que ocultar, hice amplias declaraciones, no sólo a los periodistas, sino también, y por supuesto, a la policía. Eso es todo, señorita Peckabee.

Scylla se mordió los labios visiblemente contrariada.

—No ha dicho usted nada de importancia...

—Es que tampoco tenía nada de importancia que declarar. El robo del sello es un asunto del cual estoy desligado por completo. Antes y después, naturalmente.

—Perdón, señor Town, pero lo que yo quería era saber si Gann le dio algún mensaje —dijo ella.

—¿Gann? ¿Quién es Gann, señorita?

—Jaffert Gann, el hombre supuestamente asesinado y cuyo cadáver no ha aparecido todavía.

Town se encogió de hombros.

—No, no me dijo nada de particular —contestó—. Me entregó un paquete, le pregunté qué era, dijo que lo abriera y que así lo sabría, dio media vuelta y entonces fue cuando le vi el puñal en la espalda. Cayó muerto apenas un par de segundos después. Nada más, señorita Peckabee.

Scylla trató de ocultar su decepción tras una sonrisa de cortesía.

—Lamento haberle molestado, señor Town —se despidió.

—He tenido un gran placer en conocerla, señorita —aseguró Town.

Cerró la puerta y meneó la cabeza.

—Mira que decir que el sello no es de los Grantwell, sino suyo...

Pero enseguida empezó a pensar en Ibiza y, silbando alegremente, continuó la interrumpida tarea de preparar el equipaje.

De nuevo llamaron a la puerta.

Scylla se había ido un par de horas antes. Town estaba sentado en un sillón, con un libro en las manos, y miró hacia la entrada con gesto de desagrado.

—No me van a dejar en paz esos pelmazos —masculló.

Dejó el libro a un lado y se dispuso a abrir. Apenas lo había hecho, uno de los dos hombres que estaban frente a la puerta, disparó su puño y Town perdió el sentido instantáneamente.

Al cabo de unos minutos, volvió en sí. Tardó todavía un rato en recobrar la plena consciencia de sus actos. Entonces se dio cuenta de que estaba tendido boca abajo, con la nariz pegada a un papel, en el que, en letras muy grandes, tipo imprenta, podía leerse:

«OLVÍDESE DEL SELLO DE LOS GRANDWELL. ES UN
ASUNTO QUE PUEDE TRAER MALAS
CONSECUENCIAS A LAS PERSONAS AJENAS AL
MISMO»

Town parpadeó atónito, mientras trataba de hacer memoria. Había visto a dos tipos en la puerta de la casa, uno de ellos le había golpeado... y eso era todo lo que podía recordar.

De repente, oyó una voz femenina detrás de él:

—Señor Town, cuando se sienta con ánimos de levantarse, venga

a mi lado. Le estoy aguardando con un buen doble de whisky para que acabe de reponerse.

CAPÍTULO III

Kerry Town se puso en pie de un salto y se volvió para mirar a la encantadora mujer que tenía como huésped inesperado.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Ella se le acercó ondulando sinuosamente, a la vez que sonreía de un modo lleno de incitaciones. Vestía con gran elegancia y su escote era muy osado. El pelo, rubio ceniza y muy largo, caía libremente sobre sus espaldas. La falda era de una brevedad increíble, y, a modo de adorno, llevaba sendos relojes sobre los senos. Town observó, pasmado, que cada reloj tenía una sola aguja.

—El de la derecha señala los minutos; las horas están en el lado izquierdo —dijo ella, entregándole el vaso.

—Apuesto a que se trata de una compra hecha en Carnaby Street —dijo él.

—Así es, aunque ésta no es una cuestión relevante. —Ella se sentó sobre un diván y cruzó las piernas—. ¿Cómo se siente, Kerry?

—Me duele la mandíbula, pero no es gran cosa. ¿Cómo se llama usted?

La rubia tenía otro vaso en la mano y le miró por encima del borde.

—Luisa Grantwell —contestó.

—Oh —dijo él, muy sorprendido—. ¿Puedo preguntarle por los motivos de su visita, Luisa?

—A eso he venido —sonrió la joven—. Llamé, no contestó nadie, abrí la puerta... y me encontré a un atractivo sujeto tendido de bruces en el suelo, con la nariz pegada a una nota conminatoria.

—Ese sujeto soy yo. —Gruñó Town.

—¿Quién le pegó, Kerry?

—No lo sé. Vi a dos tipos en la puerta y uno de ellos me soltó un directo a la mandíbula, sin previo aviso. Eso es todo.

—¿No recuerda algún detalle peculiar de ninguno de ellos,

Kerry?

Town procuró hacer memoria.

—Fue una visión tan fugaz... Pero me parece que uno de ellos usaba guantes de color gris. El otro... tenía unos hombros excepcionalmente anchos; precisamente, fue el que me pegó...

—No cabe duda; son ellos —dijo Luisa.

—¿Puedo saber quiénes son ellos?

—Ned Miller y Barney Stillane, pero no se preocupe más por esa pareja de rufianes. Vayamos a lo nuestro, Kerry.

—Sí, tengo ganas de saber por qué ha venido usted a visitarme, Luisa.

—Simplemente, para hacerle una advertencia, Kerry. No crea una sola palabra de lo que le diga Scylla Peckabee.

Town respingó.

—¿La conoce usted?

—Demasiado. —Luisa tomó un sorbo, dejó el vaso sobre la mesita que tenía al alcance de su mano y se puso en pie, alisándose las caderas con gesto deliberadamente provocativo—. Ahora está haciendo el papel de muchos ministros de Asuntos Exteriores; viajes y visitas continuas a sus conocidos, con el fin de convencerles de algo que es una burda mentira.

—Ella no es la propietaria del sello.

—Exactamente.

Luisa recogió su bolso y caminó hacia la puerta con notorio ondular de sus caderas.

—¿Por qué no viene un día a visitarme a Grantwell Castle? —sugirió, con prometedora sonrisa, ya con la mano en el pomo—. Le aseguro que me gustaría mucho tenerle como huésped, Kerry.

—Tal vez lo haga algún día. De momento, me es imposible, Luisa.

—Lástima. —Ella seguía sin dejar de sonreír—. Recuerde lo que le he dicho: Scylla Peckabee no es la dueña del sello. Ciao, Kerry.

La puerta se cerró. Town se frotó la mandíbula, lleno de perplejidad.

Luego recordó la nota que le habían dejado y se inclinó para recogerla. Tras leerla por segunda vez, murmuró:

—La verdad es que esté condenado asunto empieza a interesarme.

Whitie Jenns, más conocido por Mac el Anguila, tenía una deuda de gratitud contraída con Kerry Town. El joven se lo recordó aquella misma noche, en una taberna situada en los límites de Soho, de la que el Anguila era cliente habitual.

Como elemento de persuasión, usó una botella y dos vasos. Jenns miró fijamente a su interlocutor, después del primer trago.

—Vamos, suéltelo ya —dijo—. Usted no ha venido aquí para una visita social.

—Tienes razón, Whitie. Necesito informes.

—Oiga, ya le he dado muchos datos de interés para sus novelas...

—Ahora se trata de algo real. Probablemente, no irá jamás a una imprenta.

—¡Hum! —dudó el Anguila—. Oiga, Town, ya sé que me hizo un favor, un enorme favor, pero no va a estar recordándomelo todos los días de mi vida.

—Hablar un poco no te costará mucho, ¿verdad?

Jenns se encogió de hombros.

—Pregunte —invitó, displicente.

—Ned Miller y Barney Stillane —recitó Town.

La afilada cara de Jenns se oscureció en el acto.

—Abogado, le voy a dar un consejo —manifestó.

—Sí, Whitie.

—Huya de esos dos tipos como de la peste. Si oye sus nombres en alguna parte, váyase al otro lado del país. ¿Me entiende?

—¿Matones profesionales?

—Oiga, usted ha oído hablar de las brigadas de exterminación de ratas de las cloacas, ¿verdad? Pues ellos son así; consideran a las personas como ratas. Naturalmente, a las personas que se ponen frente a ellos.

—Pero no me irás a decir que actúan por cuenta propia. Por lo que yo sé, esa clase de tipos están a sueldo de alguien.

—Hace tiempo trabajaban para un fulano que acabó en Dartmoor por el resto de sus días. Luego buscaron otro patrón... pero de ahí ya no puedo pasar, porque no lo sé.

Town reflexionó unos instantes. «Extrañas amistades, las de Luisa Grantwell», se dijo.

—Bien, Whitie, al menos, espero de ti un último favor —dijo al

cabo.

—¿Sí, abogado?

Town sacó papel y lápiz y lo puso frente al Anguila.

—Escríbeme ahí la dirección de esos tipos —indicó.

—Sólo conozco la de Stillane. Creo que Miller se ha mudado hace poco, pero aún no sé...

—Me basta con Stillane, Whitie.

El Anguila trazó unas líneas en la agenda. Town la recuperó, leyó lo escrito y lo guardó después en el bolsillo.

—Gracias, Whitie. —Un billete de cinco libras quedó sobre la mesa—. Paga el gasto —sonrió.

—Sólo espero no tener que emplear la vuelta de este billete en una corona funeraria para usted —le despidió el confidente con lúgubre acento.

La puerta se abrió y Stillane dio un par de pasos en el interior del piso. El filo de una mano le golpeó duramente en el cuello y sus rodillas, repentinamente sin fuerza, se doblaron.

Stillane gruñó. Town cerró de un taconazo y arreó al tipo arrodillado un tremendo golpe en el lado derecho de la cara.

Se oyó otro gruñido. Stillane cayó de lado.

Town se inclinó rápidamente sobre él y le quitó la pistola que llevaba bajo la chaqueta. Stillane era un hombre de enorme fortaleza y no había perdido el sentido.

Intentó levantarse. Una rodilla golpeó su boca con tremendo impacto. Stillane volvió a caer, gimiendo sordamente.

Town se sentó frente a él, con la pistola en la mano, tras haber comprobado que se hallaba en perfectas condiciones de funcionamiento. Al cabo de irnos momentos, Stillane se sentó en el suelo.

El asombro apareció en su cara al reconocer a su visitante.

—¡Usted! —exclamó.

—El mismo que te apunta con esta pistola y ha tenido el placer de devolvarte el puñetazo que me pegaste anoche —sonrió Town—. Tres por uno, ése es mi lema, Barney.

Stillane sacó un pañuelo y se lo pasó por los labios ensangrentados.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —preguntó.

—Poca cosa, Barney. Dime solamente el nombre de la persona

que os ordenó amenazarme. Entonces me iré.

—¿Y si me niego a hablar?

La pistola apuntó rectamente a la frente del matón.

—Tienes diez segundos para decidirte, Barney —dijo Town con glacial acento.

El hampón se amedrentó al observar el aire resuelto de su visitante.

—Sólo le pediré una cosa —dijo.

—¿Sí?

—No me mencione a mí, por favor.

—Tienes miedo, ¿eh?

Stillane hizo un gesto de asentimiento.

—A veces, me despierto con pesadillas... —Se estremeció con fuerza—. Son mala gente, muy mala gente, créame.

—Mira quién habla —rió Town—. No irás a decirme que eres un angelito, Barney.

—Siempre hay uno que gana a los demás —rezongo el hampón—. Se llama Diana Lugg, y vive en Shatter Road, doscientos uno.

—Una mujer. —Se sorprendió Town.

—Eso parece, ¿no? —dijo el otro con ironía.

Town se preguntó si el sello de los Grantwell merecería la vida de un hombre. Presintió la existencia de un caso lleno de complicaciones; el sello era valiosísimo de por sí, pero había quien podía pensar solamente en los rubíes de la empuñadura y en despedazar luego la esmeralda, para vender los fragmentos a buen precio.

—Gracias, Barney —dijo—. Pero no quiero que anuncies mi visita a Diana Lugg.

La pistola golpeó inesperadamente un cráneo. Stillane lanzó un aullido y se desplomó inconsciente al suelo.

Town lanzó la pistola a un lado. Era un arma... pero también podía plantearle problemas, si le sorprendían con ella.

CAPÍTULO IV

El hombre estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en un árbol del jardín que rodeaba la casa que; había en el 201 de Shatter Road. Town se sorprendió de ver allí al individuo.

—No pretendo hacer daño a la señora Lugg —manifestó—. Sólo quiero hablar con ella.

El hombre permaneció callado.

—Interpretaré su silencio como el asentimiento a mi visita —dijo Town, en vista de que el otro no despegaba los labios.

Y dio dos pasos hacia adelante, pero, de súbito, volvió hacia atrás y se inclinó sobre el individuo.

—Demonios, está muerto —exclamó, sin poder contenerse.

La herida estaba en el centro del pecho y parecía causada por una bala de pistola.

—Con silenciador. —Dedujo Town.

De lo contrario, el hombre no estaría allí, ya que el ruido del disparo habría alarmado a la vecindad y todo parecía muy tranquilo en torno a la residencia de Diana Lugg.

Miró hacia la casa. Había luces en las ventanas del piso bajo. Le pareció ver a dos personas hablando en la sala, pero las cortinas, si bien dejaban pasar la luz, eran bastante espesas.

Una sonrisa se dibujó en sus labios. «¿Por qué no ofrecerle un obsequio a Diana?», pensó.

—Naturalmente, de una forma discreta —murmuró, a la vez que se inclinaba para cargar con el muerto.

Era un hombre delgado y no demasiado pesado.

Town dio la vuelta a la casa y buscó la puerta posterior.

Entró en la cocina y se asomó cautelosamente a la habitación siguiente. Oyó voces femeninas, no muy amistosas, al parecer, pero la escalera que conducía al piso superior estaba despejada.

Subió con gran cuidado, procurando evitar hacer ruido. Abrió un

par de puertas y al fin encontró un, dormitorio, decorado con gran lujo y de aspecto netamente femenino.

—Aquí es —se dijo.

En la pared de la izquierda había un gran armario ropero, que cubría todo aquel lado. Town recorrió una de las dos puertas, puso al muerto de pie dentro del armario y volvió a cerrar.

—Menuda sorpresa se va a llevar cuando vaya a cambiarse de ropa —se dijo, muy divertido.

Luego se miró a sí mismo. Había actuado con gran cuidado, por lo que no llevaba manchas de sangre sobre sí ni tampoco en las manos.

Apagó la luz y se dispuso a descender a la planta baja. Había llegado al pie de la escalera y empezaba a descorrer las cortinas que aislaban la sala de los accesos al resto del edificio, cuando, de pronto, oyó un grito de cólera, emitido por una garganta femenina, seguido de un fuerte golpe.

Town entreabrió ligeramente las cortinas. La escena que se presentó ante sus ojos le dejó estupefacto.

Había dos mujeres peleándose de un modo salvaje. A una de ellas la reconoció en el acto: era Scylla Peckabee.

La otra, calculó, debía de ser la dueña de la casa. Diana Lugg parecía muy furiosa y cargó con la cabeza gacha hacia su contrincante.

Scylla esperó a que la otra hubiese llegado a su altura. Entonces alargó las manos, agarró una frondosa cabellera de color negro muy intenso y tiró con todas sus fuerzas, hacia sí y a un lado.

Diana emitió un agudo chillido. Scylla soltó y la otra dio dos vueltas por el aire, antes de rodar sobre la alfombra de la sala, lujosamente decorada.

Ninguna de las dos mujeres parecía haberse dado cuenta de la presencia de un intruso. Diana se levantó de un salto y agarró un jarrón de gran tamaño.

Una silla hábilmente manejada hizo trizas el jarrón. Luego, una de las patas de la silla se hundió en el estómago de Diana.

El pie derecho de Scylla golpeó despiadadamente la mandíbula de Diana, de cuyos labios volvió a escaparse un agudo chillido. Implacable, Scylla la agarró de nuevo por los pelos y tiró de ella, haciéndola levantarse a su pesar.

—¿Qué hicieron con el pobre Gann? ¿Dónde está su cadáver? —gritó la joven descompuestamente.

—No lo sé... —Era evidente que Diana Lugg se hallaba desmoralizada—. Yo no tuve nada que ver...

El antebrazo derecho de Scylla se levantó de súbito, golpeando el cuello de Diana, de cuya boca brotó un ininteligible gorgoteo. Diana retrocedió, trastabillando, y Scylla la empujó con ambas manos, haciéndola voltear por encima de un diván, al otro lado del cual quedó tendida, incapaz de reaccionar.

—Habéis podido con el pobre Gann —dijo Scylla, atusándose el pelo maquinalmente con una mano—. Pero conmigo os costará mucho más... si es que os lo permito.

Scylla se llenó de aire los pulmones, a fin de normalizar el ritmo de su alterada respiración. Luego recogió su bolso y se dispuso a abandonar la casa.

Entonces sonaron unas palmadas. Una voz irónica comentó:

—¡Bravo, bravo! A los dos minutos, cinco segundos, vencedora Scylla Peckabee por fuera de combate de Diana Lugg.

Scylla se volvió, terriblemente sorprendida. Abandonando la protección de las cortinas, Town había adelantado un par de pasos y aplaudía con entusiasmo.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó la joven.

—Alguien me habló de la ahora inconsciente Diana Lugg. Decidí hacerle una visita, pero veo que usted se me anticipó.

—Tenía motivos para ello —replicó Scylla secamente—. Y como ya he terminado de hablar con la señora Lugg...

—Al parecer, está usted muy resentida por la muerte, y subsiguiente desaparición del cadáver, de Jaffert Gann —dijo él.

—Era hermano de mi padre —explicó Scylla—. Por lo menos, quería hacerle un funeral, ya que no pude evitar su muerte.

—Lamentable —suspiró Town—. ¿Se marcha ya?

—Sí, ahora mismo.

—Después de lo que acabo de ver, la conversación con la señora Lugg me parece innecesaria. ¿Me permite que la acompañe, señorita Peckabee?

—Bueno. —Accedió ella, displicente.

Cuando se acercaban a la puerta, alguien dijo:

—No se vayan, por favor; no sean tan crueles de abandonarnos.

Town y Scylla se volvieron en el acto. A pocos pasos de ellos, un individuo, de sonriente expresión, les apuntaba con una pistola provista de silenciador.

—¿Quién es, señorita Peckabee? —preguntó Town.

—No lo sé, no tengo la menor idea —respondió Scylla—. Es la primera vez que lo veo.

El desconocido hizo un alegre gesto con la mano, como si saludase.

—Lear Shaddock, a la disposición de ustedes —se presentó. Miró de reojo el inmóvil cuerpo de Diana Lugg y preguntó—: ¿Quién la ha golpeado?

Town se puso ambas manos en el pecho.

—Juro ser inocente —manifestó.

—Entonces, ha sido la chica.

—He tenido ese placer, ya que no ha sido un honor —dijo Scylla.

Shaddock movió la pistola un poco.

—Apártense —ordenó.

Town se deslizó un poco hacia su izquierda. Scylla lanzó una exclamación:

—Oiga, usted no...

—¡Cállese! —cortó Shaddock bruscamente, perdido el buen humor—. Yo, sí, porque tengo esta pistola, ¿me comprende?

—Última ratio regum —dijo Town, solemnemente.

—¿Cómo dice? —se extrañó Shaddock—. ¿Está hablando en chino?

—El señor Town ha citado un antiguo aforismo latino, que significa el último argumento de los reyes... Quiere decir, en este caso, que contra su pistola no valen las palabras.

—Ah, ya —dijo Shaddock, satisfecho.

—De modo que usted sabe latín —sonrió Town, al dirigirse a Scylla.

—Hice dos cursos de Humanidades en el Ellerby College —explicó la joven.

—¡Ellerby College! Pero ¡qué casualidad tan agradable! Yo también estudié allí. ¿Recuerda usted al viejo y gruñón y despistado profesor Mac Cardnen? Aquella vez que le gastamos la broma...

—Oigan, pero ¿es que se creen que han venido aquí a recordar

sus días estudiantiles? —refunfuñó Shaddock—. Todavía están en el mismo sitio; aún no se han apartado...

—Pero, bueno, ¿por qué tenemos que apartarnos? —inquirió Town.

—Quiero atender a la señora Lugg.

—Oh, ahora entiendo. Venga, Scylla, apártese.

Los dos jóvenes dieron otro par de pasos hacia su izquierda. Un gran jarrón quedó justo a espaldas de Town.

Lentamente, las manos de Town buscaron el jarrón. Mirándoles de soslayo, Shaddock avanzó hacia la todavía inconsciente Diana Lugg.

El jarrón emprendió de repente el vuelo. No fue un tiro muy afortunado, porque sólo dio en el brazo armado de Shaddock, aunque sí bastó para que la pistola saltara de sus dedos.

Shaddock lanzó un rugido de rabia. Scylla gritó:

—¡Al ataque!

Y se arrojó contra el individuo.

—Demonios, qué chica tan belicosa —murmuró el escritor, mientras se aprestaba a secundar a Scylla.

Shaddock se dio cuenta de que no podría recoger la pistola y disparó un puñetazo contra la joven. Scylla eludió el golpe, agarró el brazo de Shaddock con ambas manos y, tras una hábil llave, le hizo voltear unos instantes por los aires, antes de estrellarle ruidosamente contra una mesita baja, que hizo astillas.

Town suspendió su ayuda sin haber llegado a prestarla.

«Esa chica no me necesita para nada», pensó.

Y como había muy cerca un aparador con botellas se sirvió una copa mientras continuaba la pelea.

Shaddock se incorporó. Sacudió la cabeza y se dispuso a contraatacar. Scylla, delante de él, había adoptado la postura propia de un judoka. Shaddock hizo lo mismo.

Lentamente, los dos adversarios se estudiaron, dando vueltas el uno en torno al otro. De pronto, Shaddock se lanzó al ataque.

Rebotó en lo que a Town le pareció un muro invisible. Shaddock salió disparado hacia atrás y llegó junto al aparador.

Town levantó su copa, con la sonrisa en los labios.

—Salud, amigo. —Brindó.

Shaddock contestó con una obscena interjección.

—¡Grosero! —le apostrofó Town. Y le arrojó el licor a los ojos, justo en el momento en que Shaddock iniciaba un nuevo ataque.

El individuo bramó de rabia. Scylla se acercó a él, le golpeó en el estómago con el filo de la mano derecha, haciéndole doblarse sobre sí mismo, y luego atacó su cuello, dejándole sin conocimiento.

—Bravo, bravo —dijo Town alegremente—. Cuando sea millonario la contrataré a usted como guardaespaldas.

Scylla se echó el pelo atrás con una mano.

—Creo que deberíamos irnos —indicó.

—Espere un momento.

Diana se había levantado en aquel instante y, torpemente, quería arrojar sobre ellos, pero tropezó con una silla caída en el fragor de la lucha y cayó hacia adelante.

Un grito de rabia se escapó de labios de la hermosa mujer, que quedó en una postura un tanto ridícula, atravesada sobre la silla, con las caderas en alto, gimiendo de furia impotente.

—Voy a decirle adiós —sonrió Town.

Se acercó a Diana, alzó la mano y la descargó contra aquellas atractivas protuberancias traseras.

El golpe resonó como un pistoletazo. Diana lanzó un «¡Ay!» angustioso y luego, abrumada, se puso a llorar.

—Vámonos, Scylla.

Salieron a la calle.

—¿Dónde tiene su coche? —preguntó Town.

—No tengo coche. He venido en taxi —respondió ella.

—Bien, allí está el mío y no lejos diviso una cabina telefónica. Voy a llamar a Scotland Yard; dentro de unos minutos, Diana Lugg y el señor Shaddock se van a ver metidos en un apuro.

Intrigada, Scylla caminó detrás de Town, quien, segundos más tarde, estaba marcando el número de Scotland Yard. Cuando le atendieron de la central telefónica, dijo:

—Acudan al número doscientos uno de Shatter Road. Hay un muerto en el armario del dormitorio de la señora Lugg.

Colgó el teléfono, salió afuera y agarró el brazo de Scylla.

—¡Vamos, aprisa! —exclamó.

CAPÍTULO V

Scylla se alojaba en un hotel durante su estancia en Londres, por lo que Town juzgó oportuno conducirla a su casa. Una vez en ella, preparó té en abundancia y puso también una botella y un par de copas, por si a Scylla le apetecía confortarse con algo más fuerte que una simple taza de té.

—De modo que había un muerto —dijo Scylla, tras los primeros sorbos de la infusión.

Hasta entonces, apenas si habían despegado ambos los labios.

—No creo que tratase de gastarme una broma. Una bala en el pecho no da ganas de reír, precisamente —contestó Town.

—¿Le reconoció?

—Nunca le había visto, Scylla, es decir, si me permite llamarla así.

—Claro, hombre, ¿en qué época se cree que vivo, Kerry? ¿Qué hizo con el muerto?

—Puesto que iba a visitar a la señora Lugg, me dije que debía de gastarle una buena broma y se lo llevé a su armario ropero, mientras ustedes dos se caldeaban en la conversación, para acabar dándose de tirones al pelo.

—Me puso furiosa —admitió Scylla.

—¿Por qué?

—Oh, figúreselo. El sello.

—Ah, ya entiendo. Scylla, ¿sabe que esta tarde... es decir, ayer, vino Luisa Grantwell a visitarme y me dijo, más o menos, que no hiciera caso de sus embustes?

—Menuda pájara. —Calificó Scylla agriamente—. Será mejor que no hablemos de ella, Kerry.

—A mí sí me gustaría hablar de la hija de lord Grantwell.

—Pero a mí no, y no insista, Kerry. Le agradezco la ayuda que me ha prestado; sin embargo, me sentiré todavía mucho más

agradecida si se abstiene de entrometerse en mis asuntos.

—Oiga, yo no me he entrometido en sus asuntos, sino todo lo contrario —protestó Town—. No me dirá que fui a buscar yo a Gann para pedirle el sello y permitir que luego me lo quitaran.

—No, claro que no, pero... ya debería haber olvidado el asunto —dijo Scylla.

—Puede estar tranquila; antes de que acabe el nuevo día, estaré en Ibiza. Pero tampoco hubiera hecho nada, de no haber sido porque vinieron dos tipos y me golpearon, dejándome sin sentido. Localicé a uno de ellos y le convencí para que me comunicara quién le había dado orden de golpearme, puesto que tenía la seguridad de que ese ataque estaba relacionado con el robo del sello. Así llegué a casa de la señora Lugg.

—Y se encontró con un cadáver.

—Sí.

—¿Quién le habrá matado? —preguntó ella, muy pensativa.

—¿Tenía usted a algún amigo metido en este asunto del sello?

Scylla hizo un movimiento negativo.

—No, sólo mi tío Jaffert... Jaffie le llamaba yo familiarmente.

—Yo opino que fue Shaddock el que se cargó al sujeto a quien yo me encontré en el jardín. No hay más que recordar la pistola con la que nos amenazaba, que tenía silenciador. Shaddock debió de sorprender al tipo merodeando por el jardín y, sin más trámites, le pegó un tiro.

—Bien, pero ¿por qué lo dejó allí? ¿Para que usted se lo encontrase a la llegada?

—Probablemente había ido en busca de algún modo de transporte discreto, para quitarlo de en medio sin armar jaleo. A la vuelta, vio que había gente con Diana y entró. Las siluetas se divisaban a través de las cortinas.

—Comprendo. Y usted subió el muerto...

—Al dormitorio de Diana —sonrió Town—. Buena broma, ¿eh? Scylla estaba muy seria.

—Creo que tendré que irme —dijo de repente.

—¿Quiere que la lleve al hotel?

—No, gracias. Kerry, voy a pedirle una cosa.

—Dígame, Scylla.

—Le pediré lo mismo que Luisa Grantwell. Olvídese de este

asunto.

—Yo sí me puedo olvidar, pero ¿me olvidarán los otros a mí?

Scylla se quedó perpleja un instante. Luego respondió:

—Usted se va a Ibiza de vacaciones y estará ausente algunas semanas. A su vuelta, ya se habrá solucionado este asunto.

—Es una manera muy elegante de decirle a una persona que estorba —se quejó él.

—Oiga, yo estuve en Ibiza el año pasado. Es un lugar encantador. ¿Va a decirme que preferiría enredarse en un asunto peligroso, en el cual puede perder la vida, a pasar unas semanas en Ibiza?

—Mi viaje podría esperar...

Scylla se puso en pie.

—No desaproveche sus vacaciones —aconsejó.

—Scylla, aguarde un momento, quiero hacerle una pregunta —pidió Town.

—¿Bien?

—La he visto luchar con mucha maestría. ¿Dónde aprendió a hacerlo?

Una ligera sonrisa apareció en los labios de la joven.

—Hace un año, aproximadamente, me contrataron para intervenir en una película policíaca de corte moderno. Ya sabe, persecuciones, tiros y, sobre todo, muchas peleas y puñetazos, además de abundancia de chicas ligeritas de ropa y todas enamoradas del héroe. Tuve que hacer fuertes entrenamientos para intervenir en el filme y...

—Pero luego no ha seguido en el cine.

—Alguien me lo propuso, desde luego, pero bajo ciertas condiciones inaceptables. No soy de moral rígida, aunque sí opino que a una chica como yo, un tipo gordo, calvo y cincuentón le da mucho asco. Quizá a otras no, pero a mí sí, Kerry.

Town sonrió.

—Pensó que la pintura es más agradable —dijo.

—Me definiendo, simplemente. Adiós, Kerry.

—Adiós, Scylla.

Desde la puerta, ella le miró y sonrió.

—Disfrute de sus vacaciones en Ibiza —le deseó.

—Lástima que usted no me acompañe —suspiró él.

La curiosidad pudo más que el deseo de tomarse las vacaciones.

—Me sobra tiempo para ello —decidió Town.

Al atardecer de aquel mismo día, volvió a Shatter Road.

Había luz en la casa número 201. Tras unos segundos de indecisión, Town abrió la puertecita de la valla que cerraba el jardín, caminó a lo largo del sendero y llamó a la puerta.

Diana Lugg abrió instantes más tarde. Llevaba puestas unas grandes gafas de color y vestía una blusa muy ceñida, atada bajo los senos. El estómago quedaba así al aire, y el resto de su indumentaria eran unos pantalones de terciopelo rojo, muy ceñidos, y zapatos de alto tacón.

La blusa carecía de mangas, lo que permitía ver unos brazos muy bien torneados. El pelo estaba recogido en un aparatoso moño, que semejaba el peinado de una belleza de alguna tribu salvaje del corazón de África. En conjunto, Diana presentaba una estampa muy sugestiva.

—Creo que le conozco —dijo ella, tras unos segundos de contemplación de su visitante.

—No pudo verme mucho ayer, señora —sonrió el escritor—. Pero estuve en su casa.

—Ah, sí, el hombre que entró cuando esa loca y yo peleábamos.

—Efectivamente. Kerry Town, a su disposición, señora.

Un gesto de sorpresa se dibujó en la cara de Diana. De pronto sonrió y se echó a un lado.

—Pase —invitó.

Town se quitó el sombrero. Diana, con graciosos andares, se acercó al bar.

—¿Qué le sirvo? —consultó.

—Si va a beber, lo mismo que usted.

—Es buena hora para un jerez seco —dijo ella.

—La veo a usted muy tranquila, señora Lugg.

—¿Por qué no habría de estarlo...? ¿Piensa, acaso, que le temo?

Diana se le acercó, sonriendo cautivadoramente, y le entregó la copa.

—No es usted hombre del que yo haya de temer algo —insistió.

—Yo no podría decir lo mismo de usted, señora.

—¿Por qué?

—Dos tipos fueron a verme por orden suya y me golpearon. Era

una invitación para el fomento personal y voluntario de la amnesia.

Diana sonreía ahora imperceptiblemente. Se sentó en el brazo de un sillón y apoyó el derecho en el respaldo.

—En este mundo, todos podemos cometer errores —dijo.

—¿Ahora cree que fue un error enviar a Miller y a Stillane a pegarme?

—Conoce sus nombres. —Se sorprendió ella.

—Tengo relaciones —dijo Town.

—Quizá Miller y Stillane no actuaron con la debida prudencia.

—Mi mandíbula se resiente todavía por la falta de prudencia de esos dos tipos. Pero me gustaría saber el motivo real de tal... embajada.

—¿No tiene imaginación?

—Sí, señora, pero no acabo de comprender ciertas cosas. Por ejemplo, el hecho de que me hayan tomado por un hombre peligroso.

Diana bebió un ligero sorbo de vino.

—Le daré un consejo, señor Town... Mejor dicho, le formularé un ruego. Olvídense del sello de los Grantwell, por favor.

—Ah, ahora me lo pide, no lo ordena.

—Creo que es mejor pedir que ordenar. Siempre se obtienen resultados más positivos.

—A mí me gustaría saber una cosa, señora Lugg...

—Diana, por favor, Kerry —rogó ella con una sonrisa.

—Está bien, Diana. Dígame, ¿qué interés tiene para usted el sello de los Grantwell? No es una joya que se pueda llevar colgada del cuello, como un simple medallón.

Diana le miró con expresión de buen humor.

—Si se lo digo, sabrá tanto como yo, y eso no me conviene —respondió.

—Comprendo. Pero ¿vale tanto ese sello como para quitar la vida a dos hombres?

—¿Ha dicho dos hombres? Sólo sé de Jaffert Gann, Kerry.

—Anoche había un cadáver en su jardín.

Diana arqueó las cejas.

—Vamos, Kerry, déjese de bromas —exclamó—. Que yo sepa, desde tiempo inmemorial no ha habido ningún cadáver en mi jardín.

Town se quedó perplejo. ¿Hablabla Diana con sinceridad?, se preguntó.

—¿No vino la policía anoche? —inquirió.

—No, claro que no. ¿Por qué habría de venir? —contestó ella.

Town suspiró. «El que tomó la llamada debió de creerse que se trataba de una broma», pensó; lo cual contrastaba con la habitual seriedad de Scotland Yard.

—No me haga caso —dijo en tono jovial—. Tenía ganas de bromear. Pero lo de Gann sí es cierto. ¿Quién le apuñaló, Diana?

—Lo ignoro. Conozco la noticia de su muerte, y no le voy a decir por qué canales de información, pero no sé quién le mató.

—Usted se ha cambiado de ropa hoy —exclamó él de pronto.

Diana se sorprendió de aquella frase.

—Me cambio varias veces al día —contestó.

—¿Y no ha visto nada en su ropero?

Ella le dirigió una mirada penetrante.

—Oiga, no irá a decir que...

—Sí, el muerto está en su ropero, Diana.

La mujer permaneció inmóvil un instante. Luego, de pronto, echó a correr hacia el piso superior.

Town la siguió. Tenía curiosidad por conocer su reacción cuando encontrase el cadáver.

Diana llegó ante una puerta, la abrió entró en la estancia y se acercó al ropero. Descorrió las puertas y se volvió hacia Town.

—Cómo puede ver, aquí no hay ningún cadáver —dijo triunfalmente.

Town se sentía perplejo.

—Pero si yo mismo...

Ella hizo un ademán con la mano.

—Regístrelo usted, si no me cree —invitó.

Town dio un paso hacia adelante, pero, en el mismo momento, se oyó la voz de Shaddock:

—El señor Town tiene razón. Había un cadáver y yo lo he hecho desaparecer... ¡lo mismo que haré desaparecer su cuerpo, después de que le haya pegado cuatro tiros!

CAPÍTULO VI

Town se quedó rígido al oír aquellas palabras. Diana lanzó un agudo grito:

—¡No, Lear, no!

—Cállate —exclamó el sujeto, situado a espaldas de Town—. Este tipo nos ha dado ya demasiados disgustos. Quiero vivir tranquilo, ¿me comprendes?

Town inspiró con fuerza, disponiéndose a volverse para atacar a Shaddock. Cualquier cosa, antes que dejarse matar como un borrego.

—De modo que usted hizo desaparecer el cuerpo que yo me encontré en el jardín —dijo.

—Sí. Había ido a buscar el medio de transporte... y a mi vuelta me encontré con que había desaparecido. Entonces vi gente —manifestó Shaddock—, a través de la ventana y me acerqué a ver lo que pasaba. Sobrevino la pelea, pero luego Diana quedó bastante afectada, incapaz apenas de moverse. Aproveché la ocasión para buscar por toda la casa y encontré el cadáver en el ropero.

—No me habías dicho nada, Lear —se quejó ella—. ¿Quién era?

—No lo sé. Curioseaba por el jardín. No podemos correr riesgos, compréndelo.

—Y por dicha razón, me va a matar a mí —dijo Kerry.

—Sí, y lo haré ahor...

Shaddock no pudo continuar. Town oyó el ruido de un golpe dado con enorme fuerza y se volvió, justo a tiempo de ver a Shaddock rodar por el suelo.

Un hombre apareció en el umbral del dormitorio. Era alto, muy fuerte, de unos treinta y cinco años y parecía dar la sensación de hallarse muy furioso.

Town le contempló extrañado. El individuo agarró con la mano derecha uno de los tobillos de Shaddock y tiró de él hasta el centro

del dormitorio.

—¿Dónde está el sello? —preguntó.

—No lo sé... —dijo Diana.

El intruso, sin hacer caso de Town, se acercó a la joven lentamente. Ella, muy asustada, retrocedió.

—Dígame dónde está el sello de los Grantwell —exigió.

—Le digo que no...

Un puño golpeó despiadadamente el estómago de Diana. Ella gritó de dolor, a la vez que se inclinaba hacia adelante.

—¡Quiero saber dónde está ese maldito sello! —Rugió el recién llegado, a la vez que, agarrando con una mano el moño de Diana, la zarandeaba ferozmente.

Town se sentía atónito. Por un lado, sentía deseos de escapar, aprovechando la inesperada llegada del desconocido. Por otro, le desagradaba contemplar cómo aquel sujeto maltrataba a Diana sin la menor consideración.

Shaddock parecía momentáneamente fuera de combate. Town se acercó de pronto al otro y le arreó un tremendo puntapié en el final de la espalda, a la vez que decía:

—Oiga usted, eso no se hace con...

Town no pudo seguir hablando. El intruso se volvió y le golpeó con aparente negligencia, pero con la fuerza suficiente para enviarlo rodando al fondo del dormitorio. Town cayó allí y quedó aturdido, aunque no inconsciente.

Diana lloraba y gemía, arrodillada, agarrándose el vientre con las dos manos. Su peinado, en el que tanto tiempo debía haber empleado, estaba completamente deshecho.

El intruso pareció desentenderse de Diana y se acercó a Shaddock, que ya empezaba a recobrar el conocimiento. Un par de puntapiés hicieron que Shaddock se levantara a trompicones, con los ojos llenos de temor.

—El sello —dijo—. ¿Dónde está?

—Yo no...

Las enormes manos del desconocido agarraron con fuerza el cuello de Shaddock.

—Tú mataste a Gann y a Hallis —dije—. Y yo te mataré si no me dices dónde está el sello en estos momentos.

Shaddock agitó una mano, como indicando que quería hablar. El

intruso aflojó la presión y Shaddock pudo gorgotear:

—Está... en Arvidson Inn... Mark Mac Taid...

Era una preciosa indicación para Town. El joven agarró un taburete de los usados por Diana para calzarse o sentarse ante el tocador, y se lo rompió al gigante en la cabeza.

El intruso se desplomó en el acto. Shaddock jadeaba, sin poder respirar apenas.

Kerry decidió aprovechar la ocasión. Disparó su puño derecho, cargando el peso de su cuerpo tras el brazo, y Shaddock se desplomó fulminado.

Diana no se había recuperado todavía.

—Lo siento, hermosa —dijo él, a la vez que arrancaba de un tirón uno de los cordones de las cortinas.

Ella chilló, creyendo que iba a estrangularla.

—Soy un poco más moderado que todo eso —dijo él, a la vez que le ataba las manos a la espalda.

Con un notorio rasgo de humor, ató luego a Shaddock y al intruso juntos, cara a cara, pero, por precaución, con los brazos a la espalda. Los ligó de modo que formasen un verdadero paquete y luego se dijo que, en medio de todo, había sido una verdadera suerte la inesperada irrupción del gigante.

Desde la puerta dirigió un alegre saludo a Diana, que yacía caída sobre su cama. Los ojos de la joven le miraron con furia impotente.

Sus ropas no habían quedado en muy buen estado después de la estancia en casa de Diana, así que decidió regresar a su departamento para cambiarse, aparte de averiguar dónde se hallaba Arvidson Inn. Buscó una guía de Londres y, al no encontrar nada, recurrió a otra de más amplio contenido.

Pronto halló lo que buscaba. Arvidson Inn se hallaba a unos noventa kilómetros al noroeste de Londres, a poca distancia de una población llamada Warburth «Cross».

Calculó el tiempo. En una hora, acaso un poco más, podía hallarse frente a Mac Taid, que era el actual poseedor del sello.

Se preguntó qué haría después con el sello, si conseguía recobrarlo. ¿Se lo daría a Scylla? ¿O debería devolverlo a su legítimo propietario?

Pero ¿era lord Grantwell el auténtico propietario de la joya?

—Bueno, lo primero es recuperarla. Después...

Conocedor ya del camino, abandonó la casa. En el momento de salir, consultó su reloj.

Eran las diez y media. A las doce confiaba haber llegado ya a Arvidson Inn.

Subió al coche, dio el contacto y arrancó. Treinta minutos más tarde, ya en la soledad de la carretera fuera de Londres, sintió en la nuca el contacto de un objeto frío y duro:

—Kerry, siga así y no se desvíe. —Sonó la voz de Luisa Grantwell.

Las manos del joven se crisparon un instante sobre el aro del volante. Tras un segundo de indecisión, dijo:

—Muy astuta, Luisa. ¿Me ha estado siguiendo?

—Toda la tarde —contestó ella.

—Entonces, ya sabe que he estado en casa de Diana Lugg.

—Sí.

—Pero ignora lo que yo he averiguado allí...

Luisa soltó una risita burlona.

—Kerry, es usted un ingenuo —dijo.

—Oiga, no me diga que ha oído lo que se ha hablado allí...

—Pues claro que sí, hombre. De lo contrario, ¿cómo sabría que se dirige usted a Arvidson Inn?

Town lanzó un silbido.

—Oiga, ¿posee usted poderes mágicos para oír a distancia lo que hablan las personas?

Ella volvió a reír.

—Mis poderes mágicos consisten en la pequeña emisora que Kit llevaba sobre sí —contestó.

—Ah, ya entiendo. ¿Se llamaba Kit aquel gigantón de tan mal humor?

—Kit Potts —pronunció Luisa el nombre completo.

—Menudo genio. Pero ¿por qué no se ha ido usted directamente a Arvidson Inn?

—He podido darme cuenta de que Kit ha quedado fuera de combate. Mac Taid puede ser un elemento peligroso. Yo necesitaré ayuda.

—¿Con una pistola en la nuca?

—Si me promete ser sincero, dejaré de amenazarle, Kerry.

—Lo siento, Luisa.

Hubo un momento de silencio. Ella pareció vacilar y Town lo advirtió claramente.

El pie de Town se clavó bruscamente en el freno, a la vez que desviaba la cabeza y los hombros hacia su izquierda. Luisa chilló agudamente, a la vez que, impulsada por la inercia, pasaba sobre el respaldo del asiento y caída de cabeza en el hueco. Sus piernas se agitaron frenéticamente, en un furioso intento de recobrar el equilibrio.

Town reía cuando paró el coche junto a la cuneta. Se apeó, sacó a Luisa del automóvil y la situó a un lado.

—Lo siento, pero para ir a Arvidson Inn no necesito compañía —dijo.

—Es usted un loco, un estúpido, un...

—¡Basta!

Town decidió ser un poco descortés. Hizo girar a Luisa y le asestó una tremenda palmada en el final de la espalda.

—Éste no es asunto para mujeres —dijo—. Ya se han producido dos asesinatos.

Ella chilló. Town se volvió en redondo, justo en el momento en que se escuchaba el rugido del motor de su automóvil.

—¡Eh, oiga, que ese coche es mío! —gritó colérico.

Pero el ladrón no hizo caso y escapó a toda velocidad. Durante una fracción de segundo, Town pudo entrever el rostro de Scylla, iluminado débilmente por las luces del tablero. Luego, las luces rojas de cola se perdieron en la oscuridad de la noche.

Detrás de él, Luisa reía a mandíbula batiente.

El primer camión de carga pasó exactamente cinco minutos después y su conductor, un tipo de mirada atravesada, declaró contundentemente que sólo llevaría a la joven.

Luisa trepó a la cabina. En el momento de arrancar, se llevó el pulgar a la nariz, haciendo un inequívoco gesto de burla. Town se resignó a lo inevitable.

Otro camión se detuvo momentos después. Town decidió no perder tiempo y mostró al conductor un billete de cinco libras.

—Voy a Arvidson Inn, al otro lado de Warburth «Cross» —dijo.

—Conozco esa posada. Un buen sitio para hacer alto —contestó el chófer—. Suba, amigo.

El billete cambió de manos. Town pensó que el retraso que

llevaba no era superior a los quince minutos.

Aún podía conseguir algo, se dijo esperanzado.

Veinte kilómetros más adelante, encontraron a un camión parado y a una mujer que les hacía señas de que se detuviesen.

—Siga, Tom —dijo Town al chófer—. Le daré otras cinco libras, pero no se detenga.

El chófer lanzó una risotada.

—Ese Mickey es único. Se detiene para recoger a las chicas guapas que hacen auto-stop. Luego les pide lo que usted se puede figurar. Algunas ceden, otras no, la mayoría, por supuesto. Pero la que le dice que no, se queda en la carretera otra vez.

—Vaya un sátiro. —Gruñó Town, a la vez que buscaba el segundo billete de cinco libras.

La distancia a Arvidson Inn se había reducido considerablemente. De pronto, cuando faltaban sólo diez o doce kilómetros, los faros del camión alumbraron la figura de una mujer que les hacía desesperadas señas para que se detuvieran.

Town lanzó primero una exclamación de sorpresa y luego una alegre carcajada.

—Siga, siga, Tom... ¡No se pare!

Scylla tuvo que saltar a un lado para evitar ser atropellada. En la cabina, el conductor se preguntó por la causa de la atronadora hilaridad de su huésped, que acababa de darle otras cinco libras.

—Es que esa chica me quitó el coche y, por lo que creo recordar, se ha quedado sin gasolina —contestó Town, con los ojos llenos de lágrimas a causa de la risa.

CAPÍTULO VII

Cuando Town se apeó frente a la posada, habían pasado ya quince minutos de la medianoche. Su retraso, pues, era el calculado.

El camión continuó su camino. El conductor había dicho que no podía perder tiempo. Town le dio las gracias y entró en la posada.

De las dos mujeres, la más próxima era Scylla. Si tenía que llegar a pie, emplearía dos horas y media, como mínimo. De todas formas, le quedaba tiempo más que sobrado para hablar con Mark Mac Taid.

La parte destinada a taberna, aunque con todas las luces encendidas, se hallaba casi desierta. Sólo un cliente solitario bebía pausadamente de una jarra de cerveza, situado en uno de los rincones.

El posadero estaba apoyado en el mostrador con aire aburrido. Apenas si varió de actitud al ver entrar a Town.

—Un whisky, por favor —pidió Town, a fin de entrar en materia.

El posadero, un individuo taciturno y de nariz bulbosa, sirvió la bebida sin pronunciar palabra. Town tomó un sorbo y chasqueó la lengua apreciativamente.

—Buen whisky —elogió—. Estoy citado aquí con un amigo, Mark Mac Taid —manifestó.

—Está en su habitación, primer piso, segunda puerta a la derecha, aunque me imagino que estará durmiendo —contestó el posadero.

—Bueno, la verdad es que me he retrasado un poco —sonrió Town—. De todas formas, al señor Mac Taid no le importará que yo le despierte. Muchas gracias, amigo.

Town dejó media corona sobre el mostrador y subió por las escaleras que se hallaban al fondo, de maderas oscuras y patinadas por el paso del tiempo. Arriba, la iluminación era mucho menor,

aunque se podía caminar bien, sin riesgo de tropezones.

Llegó a la puerta señalada y llamó con los nudillos, pero no recibió respuesta. Ya no se molestó en insistir, sino que abrió directamente y penetró en el dormitorio.

Era una pieza anchurosa y bien decorada, con muebles de estilo antiguo. A la izquierda divisó una puertecita que supuso sería la del baño; pese a su aspecto anticuado, la posada no carecía de comodidades.

La cama era grande, con dosel de terciopelo rojo, rematado con grandes borlas doradas en los ángulos. El dosel era un tanto extraño, ya que, contra la costumbre, estaba sostenido solo por las dos recias columnas de la cabecera y no había por tanto, columnas en los pies del lecho, sobre el cual descansaba un hombre, cuyos brazos se veían a lo largo de los costados.

El mango de un puñal asomaba por el centro del pecho del sujeto. Town sufrió una fuerte impresión al verle.

Respiró hondamente un par de veces. Luego, con paso lento y hasta aprensivo, se aproximó a la cama.

Mac Taid había sido sorprendido, indudablemente. En su cara apenas se veía un leve rictus de dolor. El golpe había sido certero, fulminante.

—Me parece que he llegado tarde —murmuró, disponiéndose a marcharse.

Y giró sobre sus talones, pero entonces vio a un hombre plantado en pie en el umbral del baño, con una pistola en la mano.

—¿Es usted de la policía? —preguntó el desconocido.

Town vaciló un instante. El sujeto que tenía frente a sí era bastante alto y fuerte, de abundante cabellera negra, con bigote y barbita en punta. Tenía las cejas muy picudas y la nariz aguileña, lo que le daba un vago aspecto de demonio de opereta. Pero sus ojos eran fríos y despiadados.

—Lo siento, no tengo esa suerte —sonrió al cabo—. De lo contrario, le enseñaría ahora mismo una placa y le diría: «En nombre de la ley, queda usted detenido por el asesinato de Mark Mac Taid». Pero no puedo hacerlo y, créame, lo lamento infinito.

El desconocido sonrió.

—Posee usted un acusado sentido del humor, señor mío —contestó—. ¿Puede decirme su nombre?

—Town, Kerry Town, abogado sin ejercicio y escritor.

—Un tipo muy interesante. ¿Puede decirme a qué ha venido aquí, señor Town?

—Una persona me indicó que podría encontrar a Mac Taid en este lugar. Vine... y eso es todo, señor...

El otro ignoró la invitación que se le hacía para presentarse.

—¿Conocía usted a Mac Taid? —inquirió.

—No, por supuesto que no.

—Entonces, ¿para qué quería verle, señor Town?

El joven contempló especulativamente la pistola que le apuntaba al pecho.

—¿Debo responderle? —consultó.

—Por favor.

—Me informaron de que el sello de los Grantwell estaba aquí. He venido a buscarlo.

—Ah. —Las cejas del desconocido se alzaron—. ¿Quién le dio el informe?

—Hombre —sonrió Town—, hay cosas que no se pueden decir. Ni siquiera bajo la amenaza de una pistola —añadió, para hacer ver su fortaleza.

—Bueno, tampoco es cosa que me interese demasiado. Sin embargo, lamento decirle que ha perdido el viaje, señor Town.

El joven hizo un gesto de resignación.

—Usted llegó antes, mató a Mac Taid y se apoderó del sello —dijo.

—De todo lo que ha dicho usted, sólo una cosa es exacta: la que se refiere a mi llegada. El otro llegó después y yo continué en poder del sello de los Grandwell.

Town frunció el ceño. Aquellas palabras le hacían pensar.

—Usted es...

—Exactamente, Mark Mac Taid. —Se inclinó el otro, saludando con cierta ironía en la voz y en el gesto.

—Vaya, qué sorpresa —dijo Town con fingida jovialidad—. Oiga, Mac, maneja usted muy bien el puñal.

Cada vez que pega una puñalada, ¡zas!, un tipo al otro barrio.

—No sé qué es lo que quiere usted decir, señor Town —respondió Mac Taid envaradamente—. Cuando yo llegué, este tipo ya había muerto.

—No me diga —se burló el joven—. ¿Piensa decirle lo mismo a la policía?

—Insisto en ello. Llegué a media tarde, descansé un poco y luego me fui a dar un paseo a pie por los alrededores. A mi vuelta, recién anochecido, ya estaba el cadáver sobre la cama.

—Oiga, eso debió de pasar sobre las siete y media o las ocho y ya son más de las doce y media. ¿Qué ha hecho mientras tanto?

—Bien, cuando llegué del paseo, como digo, encontré al muerto. Me lavé un poco, cené y luego volví a mi habitación. Estoy esperando a la madrugada para deshacerme del cadáver.

—¿Quién es? —preguntó Kerry.

Mac Taid se encogió de hombros.

—No lo sé, aunque me figuro que buscaba lo mismo que usted —contestó.

—De modo que admite hallarse en posesión del sello de los Grantwell.

Una ligera sonrisa se dibujó en los labios de Mac Taid.

—Es una joya que vale millones —contestó.

—Vamos, no sea exagerado. Tres o cuatrocientas mil libras esterlinas, y ya es un buen precio.

—Millones, insisto, señor Town.

El joven se encogió de hombros.

—No discutiré por ello. ¿Espera ahora al comprador?

—No; esperaba a otra persona, pero no ha venido.

Town se preguntó qué persona podría ser la que mencionaba Mac Taid. ¿Luisa? ¿Scylla? ¿Diana?

—En tal caso, creo que tendré que irme con las manos de vacío.

—Lo siento, pero se quedará a hacerme compañía, señor Town. Por lo menos he de deshacerme de ese molestísimo cadáver y no me gustaría que ahora se fuese usted con el cuento a la policía. Comprenda mi postura, se lo ruego.

Town se sentó en una silla que había junto a la puerta.

—Bien, esperaré. —Accedió—. ¿Puedo fumar?

—No se prive por mí —contestó Mac Taid irónicamente—. Pero no se le ocurra sacar una pistola.

—Estoy desarmado.

Town encendió un cigarrillo y expulsó una nube de humo.

—No comprendo —dijo—, qué interés puede tener para otras

personas el sello de los Grantwell. Hombre, si se tiene intención de despedazarlo, se obtendrán algunos miles de libras, pero para botín tan relativamente pobre me parecen demasiadas muertes, la verdad.

—Es usted muy inteligente, señor Town —contestó Mac Taid—. El sello, en efecto, tiene un valor muy superior al que comúnmente se cree, pero no le diré los motivos.

—Yo creo que debería ser un poco más abierto conmigo. Usted tiene una pistola en la mano...

—Es un elemento intimidatorio. No pienso usarla, a menos que usted mismo me obligue a ello. Pero el hecho de que yo le mantenga bajo mi control no significa que vaya a decirle cosas que prefiero mantener reservadas.

—Sí, claro, una actitud muy lógica.

Mac Taid se corrió un poco hacia su izquierda y se situó junto a una cómoda.

—Voy a encender un cigarrillo —anunció—. No intente nada contra mí... Estoy advertido y le pegaría un tiro en el acto.

—Fume tranquilo, amigo —respondió Town.

Mac Taid dejó la pistola junto a la cómoda y sacó la pitillera. Estaba tocando los cigarrillos con los dedos cuando, de repente, se abrió la puerta y un hombre armado irrumpió en la estancia.

—¡Manos arriba! —ordenó—. Rápido o disparo.

Mac Taid sufrió un terrible sobresalto. Dudó un instante, pero al fin soltó la pitillera y elevó ambos brazos.

—Amigo, creo que se equiv...

—¡Cierre el pico! —dijo brutalmente el intruso—. Ya sabe lo que busco, así que démelo o hará compañía a ese tipo que hay encima de la cama. Sobra sitio para los dos, me parece.

Town no dijo nada. La puerta, al abrirse, le ocultaba por completo a los ojos del recién llegado. De haberse mostrado Mac Taid más cooperador le habría ayudado, pero ahora se divertía mucho con sus apuros, aparte de que, permaneciendo ignorado, también velaba por su propia seguridad.

—Por última vez —dijo el intruso—. Deme el sello de los Grantwell o le mataré.

La amenaza era cierta, dedujo Town. Ahora no se trataba solamente de mantener encañonado a un individuo, sino de pasar a vías de hecho, si era necesario. La palidez que vio en la cara de Mac

Taid le confirmó en sus suposiciones.

—Está en uno de los cajones de la cómoda —dijo.

El otro dio una orden:

—Primero, tire la pistola debajo de la cama. Luego, con la mano izquierda, saque el paquete y láncelo resbalando hacia mí. ¿Lo ha entendido bien, Mac?

—Perfectamente.

El rostro de Mac Taid estaba tenso. Lanzó la pistola debajo de la cama y luego abrió el cajón superior de la cómoda. Un paquete, ya conocido de Town, resbaló instantes después hacia la puerta.

CAPÍTULO VIII

Kerry Town se dijo que la ocasión se le presentaba que ni pintada. Apenas vio que el paquete con el sello iniciaba su viaje, pegó un tremendo empujón a la puerta, a la vez que se incorporaba de un salto.

El intruso lanzó un grito, tremendamente sorprendido por el golpe que no esperaba. Vaciló y acabó por caer de lado, mientras Mac Taid, lanzando un rugido de triunfo, se lanzaba hacia el paquete, que había chocado con la puerta cuando ésta giraba impulsada por Town.

El joven arrojó la silla hacia adelante. Las piernas de Mac Taid se enredaron en ella y cayó con tremendo ímpetu, tropezando con el otro, que ya empezaba a levantarse.

Los dos hombres rodaron por el suelo, jurando atronadoramente, mientras se pegaban con saña. Town aprovechó la pelea para hacerse cargo del paquete.

La puerta estaba bloqueada por los dos hombres, que continuaban pegándose frenéticamente. Town vio en el suelo una pistola y se apoderó de ella.

—Caballeros —dijo.

Los contendientes suspendieron la lucha. Town, con el paquete en una mano y la pistola en la otra, sonreía satisfecho.

—¿Tienen la bondad de dejar el paso franco? He de irme y no me gusta usar como pavimento para mis pies la carne humana.

Mac Taid y el otro se levantaron, mirándole torvamente. Town movió la pistola.

—Apártense al otro lado —ordenó.

Los dos sujetos obedecieron. Town, de espaldas a la puerta, retrocedió lentamente, sin dejar de apuntarles con el arma.

—Adiós, tontos —se despidió.

Y en el mismo momento alguien, actuando por detrás con gran

sigilo, pegó un tirón y le quitó el paquete.

Town lanzó una maldición de cólera. Se volvió rápidamente y pudo ver la silueta de una mujer que corría velozmente escaleras abajo.

—¡Scylla! —gritó.

La joven no le hizo el menor caso. Town percibió ruido a su izquierda y se volvió, justo a tiempo de ver que Mac Taid y el otro se lanzaban a por él.

Inmediatamente echó a correr hacia la escalera. Los otros dos le seguían muy de cerca, pero, en el último instante, Town se echó a un lado, dejando venenosamente extendida la pierna derecha.

El hombre de la pistola, en quien Town reconoció al solitario bebedor que había hallado a su llegada a la posada, fue el primero en caer. Arrastrado por el impulso, Mac Taid no se pudo contener y, tropezando de nuevo con él, le siguió rodando con enorme estruendo por la escalera.

Los dos hombres quedaron aturridos al pie. Town aprovechó la ocasión para saltar por encima de ellos y buscar la salida.

El posadero le miró asombrado.

—Es un juego —dijo Town, mientras corría hacia la puerta—. Nada de importancia, amigo.

Abrió la puerta y se encontró con una escena singular.

Scylla y Luisa Grantwell se peleaban por la posesión del paquete. Scylla debía de haber sido sorprendida, porque, pese a su habilidad, recibió un fuerte golpe en el estómago y cayó sentada, mientras Luisa echaba a correr hacia el automóvil de Town que estaba parado a poca distancia.

Luisa arrancó. Town apuntó con todo cuidado a una de las ruedas traseras, pero el tiro no salió.

—¡Maldición, tiene puesto el seguro!

Cuando quiso quitarlo, Luisa estaba ya a salvo con su preciosa carga.

Scylla lloraba lágrimas de rabia impotente. Town se inclinó para ayudarla a levantarse.

—Vamos, consuélase —dijo—. Y salgamos de aquí, porque nuestra cabeza huele a chamusquina.

Dentro de la posada se oían golpes y blasfemias. Mac Taid y el otro habían reanudado la pelea.

—Dejémosles con su conversación —dijo Town, muy complacido.

Había dos coches parados. Uno de ellos, supuso, debía de pertenecer a Mark Mac Taid.

Las llaves de contacto estaban puestas y había gasolina suficiente en el tanque. Town no desaprovechó la ocasión.

—Vamos, Scylla.

Ella no se hizo de rogar, comprendiendo que tal vez podrían dar alcance a Luisa. El motor arrancó con poderoso rugido y Town, tras la correspondiente maniobra, hizo que el coche saliera disparado como un cohete.

—¿Quién le dio gasolina para mi automóvil, Scylla? —preguntó, ya en la carretera.

—Un conductor que disponía de una goma y unos litros de sobra —contestó ella.

Town sonrió.

—Entonces, no cabe duda: o Luisa se detiene para poner más gasolina, lo que le hará perder tiempo, o el coche se parará de nuevo y podremos alcanzarla —dijo—. Scylla, ¿de dónde salió usted cuando me quitó el automóvil?

—Estaba en el portaequipajes. Vi a Luisa merodeando por su casa y me escondí sin que ella me viera. Luego noté que Luisa subía al coche antes que usted y me imaginé lo que iba a pasar.

—Y, claro, aprovechó mi parada para salir y largarse con el coche.

Scylla parecía muy seria.

—Usted no se está portando bien conmigo —se quejó.

—Scylla, ¿de quién es, realmente, el sello? Yo debo pensar que pertenece a los Grantwell, y si ahora la ayudo, no es precisamente por altruismo y creer sólo en su palabra, sino porque, además del tercer cadáver que he encontrado en la posada, sospecho que ese sello tiene mucha más importancia de lo que parece.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó ella vivamente.

—Mac Taid dijo algo al respecto. La joya vale millones e insistió en este aspecto; no unos cientos de miles de libras, sino millones. Luego, como se dice vulgarmente, aquí hay gato encerrado.

Scylla apretó los labios.

—Lo único que quiero yo es recuperar el sello. Me pertenece,

eso es todo.

—Hay mucha gente que se interesa por el sello —comentó Town—. Demasiada, a mi entender, y ninguno de ellos parece sentir deseos de llamar a la policía. Todo lo contrario, cuando uno estorba, lo apuñalan y a otra cosa.

—¿Había de veras un muerto en la posada, Kerry?

—Aún debe de estar allí. Mac Taid no lo había escondido todavía; aguardaba a la madrugada, cuando todo el mundo estuviera durmiendo. Pero no sé quién era el muerto.

—Kerry, ¿quién le habló de esa posada?

—Lo escuché en casa de Diana Lugg. Se lo dijeron a un tipo llamado Kit Potts, que es muy amigo de Luisa. Potts, naturalmente, empleó métodos violentos para conseguir la información.

—Así pues, tenemos a Diana Lugg y a Shaddock por un lado; por el otro, están Luisa y Kit Potts...

—Y por el tercer lado aparecen el muerto de la posada y el hombre que quiso llevarse el sello.

Scylla se reclinó en el respaldo del asiento.

—No sé quiénes eran éstos, pero me imagino que tuvieron amistad con tío Jaffie —dijo.

—La tercera banda, ¿eh?

—Sí, pero ellos querían recobrar el sello para mí.

—Oh, qué generosidad —dijo Town irónicamente—. ¿Está seguro de ello, Scylla?

—Moderadamente segura —contestó la joven.

De pronto, a lo lejos y frente a ellos, se vio brillar un enorme relámpago.

El trueno de la detonación les llegó segundos después, por encima del ruido del motor. Town y la joven se quedaron atónitos.

—¿Qué diablos ha sido eso? —exclamó él, lleno de perplejidad.

Scylla permaneció silenciosa. Town moderó la velocidad del auto y a los pocos momentos llegaron a un punto de la carretera, donde había un automóvil en llamas.

—¡Mi coche! —gritó Town.

Saltó al suelo y contempló el vehículo que ardía en pompa. A pesar de todo, pudo apreciar los destrozos que la explosión había causado en la estructura.

—¡Demonios! —Adivinó—. Aquel paquete no contenía el sello,

sino una bomba.

—Exactamente —confirmó en aquel instante Luisa Grantwell, apareciendo entre los árboles que había junto a la carretera—. Había una bomba, pero he podido escapar con vida.

Luisa sostenía una pistola con la mano derecha. Su actitud no dejaba lugar a dudas.

Tom y Scylla levantaron las manos al mismo tiempo.

—He tenido suerte, en efecto —añadió Luisa sonriendo—. La curiosidad me salvó.

—Quiso examinar el contenido del paquete y encontró que había una bomba en lugar del sello. —Adivinó Town.

—Justamente.

—Pero ¿es que no creía...?

—Me pareció el paquete menos pesado de lo que correspondía al sello. De momento no hice nada, pero luego, mientras rodaba, empecé a pensar en ese detalle. Temiendo que Mac Taid me hubiera jugado una mala pasada, abrí el paquete y me encontré con la bomba. Apenas si tuve tiempo de alejarme un centenar de pasos, pero fue suficiente.

—El bueno de Mac Taid —masculló Town—. Debía de tener preparado ese paquete, porque sospechaba que quizá podían pedirle el sello y no con buenos modales.

—¡Pero, entonces, el sello continúa todavía en la posada! —gritó Scylla.

—Eso es, exactamente, lo que yo he pensado —dijo Luisa, con la sonrisa en los labios—. Y puesto que ambos han sido tan amables de proporcionarme un vehículo, aprovecharé la ocasión para regresar a Arvidson Inn y ahora, créanme, no habrá obstáculos que me impidan recobrar algo que pertenece legítimamente a los Grantwell.

—Luisa —dijo Town con acento pensativo—, por lo que he oído a Mac Taid, he llegado a deducir que el sello vale mucho más de lo que se cree. ¿Qué sabe usted de ese asunto?

Ella sacudió la cabeza.

—No comment —respondió secamente.

Y se acercó al coche, pero entonces Town, que tenía la mano en la portezuela, la hizo girar bruscamente y golpeó la pistola de Luisa, que salió volando por los aires.

Luisa chilló de rabia. Town le dio un tremendo empujón que la

tiró por tierra, con los pies por alto.

—¡Al coche, Scylla!

La muchacha no se hizo repetir la invitación. Segundos más tarde, Town, habiendo dado ya la vuelta, regresaba a la posada a toda velocidad.

Al llegar a su punto de destino, encontraron que habían perdido el tiempo.

Mac Taid y el otro habían desaparecido.

—Se marcharon, después de su pelea —manifestó el posadero, que no parecía haber perdido su flema.

Town miró de soslayo a su interlocutor.

—¿Con las manos vacías? —preguntó.

—Uno de ellos, el de la barba, llevaba un maletín, es todo lo que sé.

Town y Scylla cambiaron una mirada.

—El sello viaja en el maletín —dijo él.

—Se dirigieron hacia el norte, me parece, aunque no estoy seguro del todo —indicó el posadero.

Town hizo un movimiento con la cabeza.

—Gracias, amigo —se despidió.

Se agarró al brazo de Scylla y la llevó hacia afuera.

—¿Por qué no subimos al cuarto a investigar? —dijo ella, furiosa.

—Hay un cadáver arriba. El posadero no parece haberse dado cuenta todavía. Es mejor que nos larguemos, porque de una cosa puede estar segura, Scylla: el sello no está ya en la posada.

Scylla asintió, convencida por los argumentos del joven.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó.

—Descansar —contestó él—. Me siento muy fatigado y ahora me sería imposible hacer una visita a Diana Lugg, como es mi deseo.

—¿Cree interesante la visita, Kerry?

—Más que interesante, imprescindible —dijo Town, rotundamente.

CAPÍTULO IX

Kerry Town durmió mucho, pero aún habría dormido un par de horas más, de no haber sido por una llamada, que se repitió insistentemente varias veces, hasta que, con los ojos cargados de sueño y envuelto en un batín, bajó al vestíbulo y abrió.

El hombre que estaba en el umbral le miró de muy mal talante.

—¿Dónde está? —preguntó Potts.

—¿Dónde está, quién? —dijo Town, aún no espabilado por completo.

Potts le empujó con una mano.

—Vamos, no se haga el distraído. —Gruñó—. Me refiero a Luisa.

—Ah, la hija de lord Grantwell.

—Claro. ¿Es que puede haber otra?

—Hombre, según se mire...

—No lo miro desde ninguna forma —dijo Potts, que parecía sumamente encolerizado—. Le he preguntado por Luisa, así que deme una respuesta o se lo haré pasar muy mal.

Town miró de hito en hito a su irritado visitante.

—Ah, pero ¿es que usted me cree el guardián de su Luisa? —contestó con despego.

—Ella dijo que vendría a visitarle. No he tenido todavía noticias tuyas, así que imagínese lo que estoy pensando en estos momentos.

—Usted no conoce mis pensamientos por haberme despertado; de lo contrario, se le pondrían los pelos de punta. Y no sé nada de Luisa, ¿me entiende?

Potts pareció sentirse impresionado por aquella respuesta.

—Siento haberme mostrado descortés —se disculpó—, pero es que la falta de noticias me tiene intranquilo.

—En tal caso, culpela a ella y no a mí —dijo Town—. Por cierto, ¿cuál es el secreto del sello?

—¿Cómo? ¿Qué está diciendo?

El visitante parecía sorprendido. Town sonrió.

—No se haga el desentendido —dijo—. Ese sello oculta un secreto mucho más importante que el de su simple valor histórico y crematístico. ¿Por qué no es sincero, Kit?

Los ojos de Potts relampaguearon de furia.

—Me parece que sabe más de lo que aparenta —refunfuñó.

—Algo me figuro, aunque todavía ando pegando palos de ciego —contestó el joven tranquilamente—. Bien, ¿no me dice nada, Kit?

—Lo único que voy a decirle es una cosa: olvídense del sello. Olvídelo para siempre o nuestra próxima entrevista se desarrollará de muy distinta manera.

—En lugar de amenazarme a mí, debería preocuparse un poco más de su querida Luisa. Usted es un tipo enorme en lo físico, pero resulta un enano mental.

—¿Trata de decirme que ella me engaña? —Rugió Potts.

Town fingió bostezar de hastío.

—Ya era hora de que comprendiese la verdad —contestó, displicente.

Potts dio media vuelta.

—Cuando la coja, le voy a romper todos los huesos —prometió, con un bramido de ira, instantes antes de cerrar de un tremendo portazo que hizo vibrar la casa hasta el tejado.

—¡Uf! —se dijo el joven—. Creí que ese tipo me linchaba.

Claro que los linchamientos eran cosa de multitudes, pero Potts podía causar los mismos efectos que una muchedumbre enfurecida, pensó, mientras se encaminaba al baño.

Cuando salió, oyó ruido abajo, en la cocina.

Alarmado, buscó un arma, sin encontrar otra cosa que un paraguas. Las sillas le parecieron demasiado voluminosas por el momento y el paraguas, bien manejado, podía resultar un arma muy efectiva.

Descendió paso a paso, sin hacer el menor ruido. Se asomó a la cocina y vio a una mujer de espaldas a la puerta.

La punta del paraguas se apoyó en la espalda de la mujer.

—Quieta o disparo —amenazó.

Se oyó un chillido de susto.

—Estoy desarmada —dijo Scylla.

Town se quedó atónito.

—Usted —exclamó.

Scylla se volvió. El pañuelo que llevaba a la cabeza había impedido ver a Town el color de su pelo.

—Me ha dado un susto tremendo, Kerry —se quejó ella.

—Imagínese el que me he llevado yo al oír ruido en la cocina. Pensé que alguien trataba de conectar una bomba para cuando encendiese el fuego y...

—No sea alarmista —sonrió Scylla—. Estoy preparando unos bocadillos calientes.

—Al menos, podía haberme avisado de que estaba aquí.

—Bueno, yo llegué, llamé, no contestó nadie, entré, le busqué por todas partes y, finalmente, oí ruido de agua en el baño. Me figuré lo que estaba haciendo y bajé a la cocina a preparar algo de comer.

—En medio de todo, no es mala idea —aprobó Kerry—. Sacaré cerveza del refrigerador.

—Yo me haré té —anunció la muchacha.

Town hizo una mueca.

—Hay gustos para todo —masculó.

—Usted es inglés —le recordó Scylla en tono de reproche.

—Tengo un amigo que es escocés y detesta el whisky —respondió Town, mientras abría una lata de cerveza—. ¿Ha averiguado algo?

—No. ¿Y usted?

—Tampoco. Estaba muy cansada y he dormido hasta hace un rato. ¿Sigue pensando en ir a casa de Diana Lugg?

—Ahora más que nunca, Scylla. —Town aceptó el primer bocadillo y le pegó un feroz mordisco. Con la boca llena añadió—: Potts ha estado a verme.

—¿El amigo de Luisa?

—El mismo. Estaba furioso. Llegué a la deducción que Luisa le está tomando el pelo, Scylla.

La muchacha pareció quedarse pensativa unos momentos.

—No me extrañaría —dijo al cabo.

—El sello vale mucho, más que por lo que representa, por la clave que debe de significar, Scylla. No sé qué es, pero las frases de Mac Taid en Arvidson Inn me han hecho cavilar mucho.

—Para sus dudas, Kerry, de momento, sólo hay una solución —

dijo la muchacha.

—¿Sí, Scylla?

—Diana Lugg.

—Deme otro bocadillo —pidió él—. En cuanto lo haya terminado, me cambiaré de ropa e iremos a ver a esa peligrosa beldad.

Miró a Scylla de pies a cabeza y añadió:

—Aunque respecto a la calificación de beldad peligrosa, usted no sólo no se queda atrás, sino que puede marchar ventajosamente en el pelotón de cabeza.

La casa de Diana Lugg estaba vacía cuando llegaron ellos. Town no se llevó demasiada sorpresa al conocer la verdad.

—Bien, ¿qué hacemos ahora? —dijo Scylla, desanimada.

Town se pellizcó el labio inferior.

—De momento, nos es imposible saber adónde se han ido —contestó—. Así pues, un registro de la casa no sería nada disparatado.

—Espero que no vengan y nos sorprendan con las manos en la masa —dijo ella, aprensiva.

—Es un riesgo que debemos correr. Por cierto, ¿cuál fue el motivo de la pelea entre ambas?

—El sello, hombre —contestó Scylla—. Diana me dijo que debía olvidarlo y no lo dijo con buenas palabras, precisamente. Tiene un vocabulario horrible y eso fue lo que me enfureció, más que las amenazas.

—Vivir a su lado, Scylla, debe de ser un riesgo continuo. Decir ¡diablos!, o ¡maldición!, debe provocar en usted unos accesos peligrosísimos.

—Hay palabras más fuertes que esas... —contestó Scylla, displicente—. Pero hablando no conseguiremos nada. Vamos a empezar el registro.

Town y Scylla se separaron. Media hora más tarde, Town lanzó un grito desde el piso superior:

—¡Scylla, suba; creo que he encontrado algo interesante!

La muchacha corrió escaleras arriba. Town estaba en el dormitorio de Diana Lugg, con un papel en las manos.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Parece un mapa... el croquis de una determinada porción de

terreno, con un trozo de costa —respondió él.

Scylla miró por encima de su hombro.

—¡Caramba! Pero si está señalado Grantwell Castle —exclamó.

—¿De veras?

—Sí, mire, Kerry. Grantwell Castle está aquí... —Scylla lo señaló con el índice—. Al sur, se ve el punto que señala la aldea de Windrohan. Un poco más arriba de Windrohan, a la izquierda, aparece mi casa.

—Pero, el mar...

—Aguarde, hombre. Esta hilera de colinas que se ve hacia el nordeste de Grantwell Castle son las Sea Wall Hills. El mar está al otro lado, a tres kilómetros de la cumbre de las colinas y a unos ocho o nueve de la residencia de lord Grantwell.

—Ahora lo veo bien, Scylla, pero ¿qué me dice de estas dos líneas de guiones paralelas que hay a través de la línea de colinas?

Scylla se mordió los labios.

—No tengo la menor idea de lo que pueden significar —contestó—. ¿Dónde ha encontrado usted el mapa?

—En un chaquetón de abrigo, en el ropero. Sin duda, Diana debió de olvidarlo y...

Scylla examinó de nuevo el mapa, con concentrada atención.

—Esas líneas paralelas quedan casi en línea recta con Grantwell Castle y mi casa —dijo—. Por lo que puedo deducir, atraviesan Middle Hill, es decir, la colina mediana de las tres principales que constituyen la cadena que separa el valle de la costa. No sé qué más decirle, Kerry.

—Yo sí lo sé, Scylla —exclamó él—. A lo que parece, todo el mundo ha echado a correr hacia el norte, es decir, hacia Windrohan. Y en mi opinión, es lo que debemos hacer nosotros también.

—¿Usted cree?

—Sí. No obstante, vamos a tener que enfrentarnos con un problema, Scylla.

—Dígame, Kerry.

—El vehículo. Mi coche quedó destrozado y... —Town consultó su reloj de pulsera—. Ojalá lleguemos a tiempo para encontrar abierta alguna agencia de alquiler de automóviles.

—Puede abandonar la idea, amigo. —Sonó de repente una voz

de tonos enérgicos—. Todas las agencias que alquilan automóviles sin chófer están ya cerradas.

CAPÍTULO X

Town y Scylla se volvieron, justo a tiempo de ver a dos sujetos en la puerta del dormitorio, uno de los cuales empuñaba una pistola de pavorosas dimensiones. El otro, aunque también parecía estar armado, era portador de un pequeño maletín que sostenía con la mano izquierda.

Los recién llegados resultaron desconocidos para Kerry. El que sostenía el maletín lo dejó en el suelo y sacó del bolsillo un par de esposas.

—Hagan el favor de tumbarse a los pies de la cama —ordenó.

—Pero...

—¡Obedezcan! —Rugió el de la pistola.

Town contempló a los individuos y los halló sumamente peligrosos.

«Más, infinitamente más que Miller y Stillane», recapacitó.

Y se tendió en el suelo sin rechistar.

Scylla hizo lo mismo. Las esposas les sujetaron a la cama.

Instantes después, el del maletín lo abrió y sacó una caja negra, que manipuló con infinito cuidado. Al cabo de unos instantes, se levantó y dijo al otro:

—Ya está, tú.

Town lanzó un grito cuando los dos tipos se retiraban.

—Eh, pero ¿qué pasa? ¿Qué es lo que contiene esa caja?

—Una bomba —replicó fríamente el de la pistola—. Estallará dentro de cuatro minutos y cincuenta y cinco segundos.

A Town se le pusieron los pelos de punta.

—Pero ¿por qué? —exclamó—. ¿Qué les hemos hecho...?

—Nos han ordenado liquidar a la señora Lugg y a Lear Shaddock —contestó el pistolero, sin variar su tono—. Y eso es lo que sucederá, justamente dentro de cuatro minutos y cuarenta segundos.

—Vamos, tú, menos charla —dijo el otro, agriamente—. Estamos perdiendo el tiempo y nos conviene estar lejos de aquí cuando se produzca la explosión.

Instantes después, Town y Scylla volvían a quedarse solos.

Scylla miró al joven. Estaba intensamente pálida.

—Kerry, ¿no hay ninguna solución? —preguntó.

Town reflexionó unos instantes. Luego pegó un fuerte tirón, pero la cama resistió.

—Está sujeta a la pared por la cabecera —dijo desanimadamente.

—Tiraremos los dos —sugirió ella—. Vamos, Kerry.

Los esfuerzos combinados de la pareja resultaron inútiles. El tictac del reloj de la bomba sonaba estremecedoramente en contraste con los jadeos de Town y Scylla.

—Mira que confundimos con esa otra pareja —rezongó Town, irritado.

De pronto, se puso de rodillas, para tirar con más fuerza. Inesperadamente, la cama se levantó un poco.

—¡Por debajo, Kerry! —gritó Scylla—. Levanta más, más...

Scylla fue la primera en soltarse. Luego sostuvo alzada la cama, para que Town pudiera liberarse.

—Deben de quedar menos de tres minutos —opinó él—. Scylla, será mejor que nos larguemos antes de que explote la bomba.

—Pero ¿no la tiraremos al jardín?

—Podría herir a alguien. ¡Vámonos!

El estallido les sorprendió a unos trescientos pasos de la casa. Ocultos entre las sombras vieron subir el tejado por los aires, convertido en un millón de fragmentos. Una de las paredes se derrumbó totalmente y luego el resto de la estructura se vino abajo, con un fragor impresionante.

Town y la muchacha emprendieron una presurosa retirada, procurando buscar los lugares más discretos. El estallido había causado una tremenda conmoción en la barriada y su empeño, ahora, se cifraba en pasar inadvertidos.

—Me pregunto quién pudo desear la eliminación de Diana Lugg y de Lear Shaddock —dijo Diana poco después.

—Está claro —contestó él—. Luisa y Potts.

—¿Usted cree?

Town se encogió de hombros.

—Si no han sido ellos, no se me ocurre otro nombre —dijo—. Pero, de momento, mi interés está centrado en quitarme las esposas.

—No veo cómo, Kerry. Carecemos de experiencia...

—Pero yo tengo un amigo que podrá ayudarnos... Lo importante es llegar a mi casa sin ser vistos. Después...

El regreso fue muy fatigoso, ya que habían ido en taxi a la casa de Diana, pero a la vuelta tuvieron que caminar, a fin de no inspirar sospechas. Finalmente, molidos y poco menos que aspeados, entraron en la casa de Town.

Scylla se derrumbó sobre un sillón.

—Estoy rendida —confesó.

Town se acercó al teléfono y, aunque con dificultades, consiguió marcar el número. Tardó un poco, pero, al fin, consiguió la comunicación.

—¿Whitie? Soy Kerry Town. Oye, ven inmediatamente a mi casa. Te necesito con urgencia... ¿Es que no quieres ganarte diez libras...? Te parece poco, ¿eh? Veinte, Whitie... Está bien, pero no tardes.

Town colgó el teléfono y se volvió sonriendo hacia la muchacha.

—El asunto está solucionado —dijo—. Whitie «el Anguila» nos quitará las esposas.

—¡Qué ganas tiene usted de meterse en jaleos, abogado! —refunfuñó el Anguila, después de que hubo liberado a la pareja—. ¿Quién les ha hecho esto?

—Dos tipos, no sé quiénes son. Nos confundieron con otros y nos sujetaron a una cama, dejándonos luego en compañía de una bomba de tiempo.

El Anguila hizo un fruncimiento de cejas.

—¿Una bomba de tiempo? —repitió—. Entonces, no cabe duda; son Victor Merrain y Deel Barris.

—¿Les conoce usted, Whitie? —preguntó Scylla.

—Son especialistas en explosivos. Lo aprendieron en el ejército, con los comandos. A veces les contratan para volar una caja fuerte... o para suprimir a alguien. No son baratos, ciertamente, como yo —dijo el Anguila, mientras dirigía a Town una mirada significativa.

Town sacó unos billetes.

—Veinticinco libras —anunció—. Pero tú no eres un asesino, Whitie.

El confidente sonrió.

—Por lo que yo hago, no paso demasiados apuros con los «polis». —Se ufanó, mientras se dirigía hacia la puerta—. De modo que tienen en contra a Merrain y Barris por una parte y a Miller y a Stillane por la otra...

Whitie meneó la cabeza con aire pesimista. Desde la entrada, se volvió y movió la mano derecha en cruz.

—¡Que Dios tenga piedad de sus almas! —se despidió, con lúgubre sarcasmo.

—Sí que nos da ánimos su amigo, Kerry —se quejó Scylla, mientras se frotaba las muñecas, todavía resentidas del nada agradable contacto de las esposas.

—No le haga caso, Scylla —dijo Town—. El Anguila fue siempre un tipo exagerado. ¿Qué quiere tomar?

—Una copita de algo, lo mismo da, Kerry, las dos bombas que hemos visto explotar no han tenido la menor exageración.

—El asunto del sello se complica, en efecto —convino él—. Diríase que se lo disputan dos pandillas, además de los supuestamente legítimos propietarios, ¿no le parece?

—Kerry, éste no es el momento de elucubraciones, sino de salir cuanto antes hacia Windrohan —exclamó la muchacha.

—¿Tiene usted coche? No, ¿verdad? El mío se ha ido al diablo, son ya más de las once de la noche y no tenemos medio de hacernos con un vehículo, a menos que lo robemos, cosa para la que yo no sirvo. Así pues, suba a mi cuarto, métase en la cama y mañana será el momento de la acción.

—Llegaremos tarde —vaticinó ella.

Town se encogió de hombros.

—He salvado la vida, que no es poco —respondió, con acento indiferente.

Scylla dudó un momento, pero acabó dirigiéndose hacia la escalera. Con el pie en el primer peldaño, se volvió hacia el joven.

—Kerry, todavía no consigo adivinar qué significan esas dos líneas paralelas del mapa —dijo.

—La solución está en llegar a Middle Hill, Scylla... —contestó él.

—Sí, tiene razón. Buenas noches, Kerry.

—Buenas noches, Scylla.

La muchacha estaba cansada y despertó ya entrada la mañana. Oyó ruido en el piso bajo y se vistió en pocos momentos.

Town percibió sus pasos y gritó:

—¡Scylla, arréglese pronto; tomaremos una taza de té y nos iremos enseguida! ¡Ya tengo el coche en la puerta!

—Está bien, Kerry. Bajaré dentro de unos minutos —contestó ella.

La distancia a recorrer era de unos cuatrocientos kilómetros.

—Nos costará seis horas, en el mejor de los casos —dijo Town—. He estado consultando el mapa y hay algunos tramos de cierta dificultad. Muchas curvas, ¿comprende?

—Conozco bien el camino, Kerry —respondió Scylla, mientras el joven se orientaba por el denso tráfico de Londres, para buscar la salida que les permitiría situarse en la carretera deseada.

—Entonces, no es necesario que le diga más sobre el particular.

—En cambio, sí me gustaría saber por qué nos confundieron con Diana y Shaddock, Kerry.

—Es bien sencillo. A esos dos tipos les dieron la dirección de la señora Lugg. Encontraron a una pareja y pensaron que nosotros éramos ellos; eso es todo.

—Sí, pero ¿de quién partió la orden del crimen?

—Usted no fue, ¿verdad? Yo tampoco, así que puesto que es preciso excluir a Diana y a Shaddock, sólo quedan Luisa y Kit Potts.

Town calló durante unos momentos.

—Hay algo que no he conseguido explicarme todavía —dijo luego.

—¿Sí, Kerry?

—Estuve pensando en ello anoche, antes de dormirme, durante mucho rato. Su tío, cuando me entregó el paquete con la joya, me preguntó si yo me llamaba Kerry Town. Le contesté que sí, por supuesto... pero ¿por qué iba a entregarme a mí el sello, si jamás nos habíamos visto antes de aquel momento? Ni siquiera habíamos oído hablar el uno del otro, Scylla.

—Yo tampoco lo comprendo, Kerry —dijo la joven—. Para mí, lo más triste, aparte de la muerte de tío Jaffie, es que no haya podido encontrar su cuerpo para dedicarle un funeral.

—Lastimoso —convino Town.

Las horas fueron pasando... A mitad de camino, se detuvieron para almorzar, lo que les llevó treinta minutos. Luego reanudaron la marcha.

Habían salido pasadas las diez de la mañana. Eran las dos y media de la tarde cuando, de pronto, al volver una curva, divisaron un coche parado en medio de la carretera.

CAPÍTULO XI

Town pisó el freno y apenas si pudo evitar la colisión. El morro de su automóvil quedó rozando el costado izquierdo del otro coche.

—¡Eh, oigan, apártense de ahí! —protestó, pero apenas había hablado, dos individuos, empuñando sendas pistolas, corrieron hacia ellos.

—¡Salgan! —gritó uno.

—¡Con las manos en alto! —Añadió su compañero.

Town se quedó atónito.

—Pero si son mis viejos amigos Miller y Stillane —exclamó.

Stillane miró al joven rencorosamente.

—Tengo que cobrarme una cuentecita —anunció.

—Si no tuviera usted la pistola en la mano, le diría que con mucho gusto se la pagaría —replicó Town, impávido—, pero eso es jugar con ventaja...

—¡Vamos, basta de palabrería! —gritó Miller, irritado—. ¡Salga de ahí, chica!

Miller estaba junto a la muchacha, en el lado izquierdo del coche. Stillane se encontraba en la parte opuesta, apuntando a Town con su pistola.

—Scylla, parece que no tenemos otro remedio que obedecer —dijo Town.

—Si no hay otro remedio... —Se resignó ella.

Abrió la portezuela, pero, de repente, pegó con los pies y la hoja giró con tremenda violencia, golpeando en las rodillas a Miller.

El pistolero lanzó un chillido de dolor. Scylla se arrojó sobre él y, con una hábil llave de judo, le hizo volar por el aire un segundo, antes de estrellarse contra el suelo con tremendo golpe.

Stillane se quedó un instante desconcertado por la reacción de la joven. Town había salido ya del coche y no pudo imitar a Scylla. Stillane se aprovechó de la situación para agarrar a Town por el

cuello de la chaqueta y ponerle la boca de la pistola en la sien.

—¡Deje la pistola, chica! —bramó.

Scylla, derrotado ya Miller, se aprestaba a apoderarse del arma, pero desistió al oír la orden del otro pistolero. Volvió la cabeza y se puso pálida al ver la crítica situación en que se encontraba Town.

—Suéltelo —gritó.

Stillane se echó a reír.

—Eso es lo que usted querría, preciosidad —contestó—. Ande, venga aquí y tenga en cuenta que, a la más mínima que me haga, le vuelo los sesos a su amigo.

Scylla dio la vuelta al coche. Miller, quejumbrosamente empezaba a reaccionar.

—¿Qué van a hacer con nosotros? —preguntó Town.

—Tenemos órdenes de impedirles que lleguen a Windrohan, eso es todo —contestó el pistolero.

—¿Ordenes... de Diana Lugg?

—No hagan preguntas —rezongó Stillane—. ¡Vamos, tú! —apostrofó a su compinche—. Date prisa, que esto no es una fiesta de sociedad.

—Le has dado un buen golpe, nena —dijo Town, dirigiéndose a Scylla.

—Ha caído en mala postura, eso es todo —respondió Scylla, despectivamente. Miller estaba semi arrodillado, con una mano en el costado derecho—. ¡Hum! Yo diría que tiene rotas un par de costillas y tal vez también la clavícula.

Stillane volvió la cabeza un instante, interesado por las palabras de la muchacha. Veloz como el pensamiento, Scylla alargó la mano derecha e hizo subir a lo alto el brazo del pistolero, apartando así el arma de la sien de Town, quien inmediatamente se tiró al suelo.

Stillane trastabilló, jurando soezmente. Scylla saltó hacia adelante, casi con el mismo movimiento, y le hundió dos dedos en los ojos. Los rugidos del pistolero alcanzaron un volumen sonoro apocalíptico.

Town decidió que debía colaborar y alargó las piernas, pateando la parte posterior de los muslos de Stillane, quien se bamboleó hacia adelante, justo en el momento en que Scylla le golpeaba el estómago. Fue un ataque combinado, de efectos demoledores; el pistolero cayó de rodillas, incapaz de resistir el dolor, agarrándose

el vientre con ambas manos.

Miller llegó corriendo de pronto, pistola en mano.

—¡Quietos! —gritó.

Los pies de Town, aún en el suelo, funcionaron de nuevo, golpeando los hombros de Stillane, que salió disparado hacia adelante. Su cabeza chocó contra la ingle de Miller, de cuyos labios escapó un rugido de dolor.

Miller se inclinó, con la cara deformada por el sufrimiento. El filo de la mano derecha de Scylla actuó contundentemente y el pistolero se derrumbó sobre su compinche.

Town no perdió demasiado tiempo en apoderarse de una pistola. Se puso en pie de un salto y miró sonriente a Scylla.

La muchacha sonreía también. Tenía el pelo revuelto y su pecho subía y bajaba rápidamente, a causa de su respiración alterada por las incidencias de la lucha.

—Contigo a mi lado, me siento invencible —dijo Town.

—No te sientas demasiado fanfarrón; ha habido momentos en que he sentido verdadero pánico.

—Tú no has tenido una pistola en la sien, como yo —le reprochó él.

—Precisamente por eso, tonto —exclamó Scylla.

Town se quedó con la boca abierta al escuchar la respuesta. Luego, comprendiendo, avanzó hacia ella e intentó abrazarla.

Scylla le rechazó con cierto desabrimiento.

—No te sientas eufórico —dijo—. Aún no hemos terminado el trabajo.

Y señaló a los dos pistoleros que, abatidos y humillados, gemían en el suelo, a pocos pasos de distancia.

—Tienes razón —convino Town—. ¿Qué hacemos, Scylla?

—La carretera está interceptada —dijo la muchacha—. Aparta el coche de estos sujetos y déjalo de modo que no lo puedan utilizar.

—Buena idea.

Town subió al automóvil de sus adversarios, maniobró lo suficiente para dejar el paso libre y luego lo hizo arrancar suavemente hacia el lado izquierdo, donde había un pequeño talud.

Cuando el coche hubo adquirido cierto impulso, puso en punto muerto la palanca de cambios y saltó afuera. El automóvil rodó por el talud, dando botes, y acabó por detenerse a unos diez o doce

metros del camino, volcado a medias.

Regresó junto a Scylla. Miller y Stillane, desmoralizados, se habían puesto ya en pie.

—¡Caminen! —ordenó Scylla, enérgicamente.

Y para apoyar su mandato disparó un tiro a los pies de los rufianes, quienes, comprendiendo que la cosa iba en serio, se alejaron de aquel lugar a buen paso.

Town y Scylla quedaron solos, frente a frente, mirándose recíprocamente.

—Hemos tenido suerte —comentó Town—. La parada se debe a la inefable señora Lugg. Espero que Luisa Grantwell no nos haya preparado otra encerrona por el estilo.

—No te fíes —dijo Scylla, desconfiadamente—. Vamos.

Y echó a andar hacia el automóvil, pero Town la sujetó por un brazo.

—Espera, no tengas tantas prisas —pidió—. Quiero saber por qué pasaste miedo cuando Stillane me apuntaba con su pistola.

Los verdosos ojos de la muchacha le dirigieron una penetrante mirada.

—Eres escritor, ¿no?

—Eso creo, Scylla.

—Entonces, usa la imaginación, hombre.

Scylla se metió en el coche. Town, perplejo, quedó unos instantes en pie.

—¿Es que vas a estar ahí todo el día? —gritó Scylla, desde su asiento.

Una sonrisa se dibujó en los labios del joven. Dio la vuelta al coche y se sentó tras el volante.

—Tenemos un asunto pendiente para mejor ocasión —dijo—. Y lo discutiremos ampliamente, Scylla.

—Nunca he eludido una discusión, cuando estaba versada sobre el tema, claro.

—Me parece que en este tema estás más que versada —sonrió Town, a la vez que hacía girar la llave de contacto.

Una hora más tarde, y ya sin más contratiempos, atravesaban la aldea de Windrohan, situada en el fondo de un hermoso valle, cerrado hacia el nordeste por la cadena de las Sea Malí Hills, una fila de pequeñas montañas, de una altitud media de quinientos a

seiscientos metros, cubiertas de verdor, excepto en las cimas, que aparecían peladas, seguramente, pensó Town, a consecuencia de la incesante acción de los vientos predominantes en aquella comarca.

Las colinas estaban a unos cuatro kilómetros de la aldea. A la salida vieron Grantwell Castle, sobre la cumbre de un promontorio rocoso, dos de cuyas laderas eran sumamente abruptas, con precipicios casi verticales de cincuenta a sesenta metros de altura, escalables sólo por profesionales del alpinismo.

El castillo era más bien una antigua residencia fortificada con algunas almenas y una torre cuadrada, maciza y sólida que, en tiempos, debía de haber constituido el principal centro de resistencia durante las batallas. El valor arquitectónico de Grantwell Castle residía más en su antigüedad que en la belleza de su estructura, más bien escasa.

Poco después, llegaban a casa de la muchacha.

Era un edificio de planta y piso, situado en el centro de un extenso jardín, no muy bien cuidado, apreció Town. El piso superior era algo más pequeño que la sección inferior y, en sus tres cuartas partes, los muros eran encristalados.

—Ahí tengo mi estudio —indicó la muchacha—. Al otro lado hay un cobertizo para el coche, Kerry.

Town acató la indicación de Scylla.

—¿Qué pasará si el sello está de nuevo en poder de los Grantwell, Scylla? —Quiso saber Town.

—Tendremos que recuperarlo —contestó ella secamente.

Town lanzó un suspiro de resignación. Cortó el contacto y se apeó. Scylla se dirigía ya hacia la puerta posterior, cerrada, pero que abrió con una llave que extrajo de su bolso.

—Vamos arriba —dijo.

Al otro lado de la cocina había un pequeño cubículo, en el que se iniciaba el arranque de una escalera de caracol. Subieron al primer piso y entraron en el estudio.

Era de una sola pieza, aunque parte del mismo estaba destinada a salón de reposo, con un gran diván, dos sillones y una mesita, amén de una estantería para libros, todo ello en torno a una gran chimenea. El resto lo constituía el estudio propiamente dicho, cuyas vidrieras estaban en aquellos momentos cubiertas por largas cortinas.

Había un par de caballetes y unos cuantos cuadros por el suelo. Town apreció una correcta factura en las pinturas, algo fría en su opinión, pero, sin embargo, con cierta chispa de genio que las hacía agradables de contemplar. En tanto examinaba los cuadros, Scylla lanzó el bolso sobre un diván y se acercó a un telescopio montado sobre un trípode, que había en uno de los rincones del estudio.

—Kerry, ven —llamó de pronto.

CAPÍTULO XII

Scylla había descornado las cortinas solamente lo justo para asomar el objetivo del telescopio. Town se acercó al aparato.

—No quiero que sepan que estamos aquí —manifestó ella—. Es probable que en Grantwell Castle haya alguien observando las cercanías.

—Comprendo.

Town miró a través del ocular. El castillo se veía con sorprendente proximidad y gran lujo de detalles. La distancia era de unos dos mil quinientos metros.

Al otro lado se hallaba Middle Hill, la colina señalada en el mapa. A simple vista no ofrecía él menor detalle de particular, aunque era preciso tener en cuenta que el cerro sobre el cual se hallaba edificado el castillo ocultaba buena parte de su base. Pasados unos momentos, se volvió hacia la muchacha.

—Lo he visto todo, pero no observo nada de particular —dijo.

Scylla le dirigió una mirada penetrante.

—¿Te atreverías a hacer una incursión en Grantwell Castle? —consultó.

Town dio un respingo.

—¿Nocturna?

—Hombre, no vamos a ir ahora, a plena luz del día.

—Me veo cargado de cadenas para el resto de mis días. —Se lamentó él.

—No seas cobarde —le apostrofó Scylla—. Tienes que dar ejemplo al mundo de tu valor.

—Yo creo que ese ejemplo será más bien de locura, Scylla.

Ella irguió el busto con aire retador.

—¿No te sientes atraído por la recompensa? —preguntó, con ojos que brillaban de un modo singular.

—El sello es la manzana, ¿eh? —murmuró él—. Bueno, a veces

conviene ser un poco fatalista. Mektub, estaba escrito, dicen los árabes.

Y pasó los brazos en torno a la cintura de la joven. Scylla sonrió.

—Sí, estaba escrito —repitió, un segundo antes de devolver con ardoroso apasionamiento la caricia de los labios masculinos.

Estaban estrechamente unidos. Town sentía contra su pecho el cálido palpar del seno de la joven. Durante unos segundos, ambos se olvidaron por completo de cuánto les rodeaba.

Súbitamente, se oyó el ruido del motor de un automóvil.

Scylla se separó con viveza.

—¡Llega alguien! —exclamó—. Cuidado, Kerry.

Actuando con precaución, miraron a través de la rendija de las cortinas que les había servido para usar el telescopio. El coche acababa de detenerse frente a la fachada del edificio y de él se aparearon tres hombres.

Uno de ellos era de mediana edad, alto y muy delgado. Sacó una llave del bolsillo y se la entregó a los otros dos, indicándoles que entrasen en la casa. Luego regresó al coche, arrancó de nuevo, maniobró y partió otra vez, al parecer, en dirección a Windrohan.

Scylla se puso una mano en la boca, pálida a causa de la sorpresa recibida.

—¡Dios mío! Es... es tío Jaffie...

—Jaffert Gann, ¿verdad? —sonrió Town tranquilamente—. No sé por qué, pero me figuraba que estaba vivo.

Scylla se volvió hacia él, contemplándole con expresión de asombro.

—¿Presumías que estaba vivo? —dijo.

—Era como un presentimiento —respondió Town—. No tiene base... pero me parecía, dadas las características de nuestras peripecias, que el jefe de la tercera banda no podía ser otro que tu tío.

Scylla se sintió de repente desanimada.

—Yo siempre le he querido mucho —dijo—. No sé por qué se ha convertido en un criminal, Kerry.

—Te lo diré, preciosa: por los millones que hay al otro lado del sello.

—¿Cómo? —exclamó la muchacha.

—Alguien lo dijo: el sello de los Grantwell vale millones... pero

¿por qué no sorprendemos a esos huéspedes no invitados?

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Scylla.

—Nos bloquean el camino. Si queremos salir de aquí, ellos nos lo impedirán. Aparte de que convendría cambiar unas palabritas con ellos, ¿no te parece?

—Está bien. —Scylla sacó de su bolso la pistola arrebatada a Miller y se la entregó al joven—. Toma, valiente caballero, abre la marcha —indicó.

—Y yo que a estas horas debería de estar en Ibiza —suspiró Town melancólicamente.

—No te quejes; cuando esto acabe, podrás ir allí y, espero, bien acompañado.

—Es una manera de agitar el señuelo ante mis ojos —sonrió él, a la vez que emprendía el descenso por la escalera de caracol.

—En todo caso, no podrás decir que el señuelo no tiene atractivo —sonrió Scylla.

Llegaron a la planta baja. La puerta que conducía a la sala estaba entreabierta y a través de la rendija se podían oír las voces de los dos sujetos.

—Espero que el viejo no tarde mucho —dijo uno de ellos.

—Antes de una hora lo tendremos aquí de nuevo —contestó el otro.

—¿Con el sello?

—¿Qué falta nos hace el sello, tonto? Lo otro vale muchísimo más, infinitamente más...

Town volvió los ojos hacia Scylla. La muchacha, convencida por aquellas palabras, hizo un gesto de asentimiento.

Luego dio un codazo a Town, como indicándole que empezase a actuar. El joven abrió la puerta con la mano izquierda y entró en la sala, a la vez que gritaba truculentamente:

—¡Arriba las manos!

Sorprendidos, los dos hombres se volvieron. A uno de ellos se le cayó el vaso en que bebía.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó el otro, a la vez que deslizaba su mano derecha hacia el interior de la chaqueta.

—No hagan preguntas y levanten las manos —exclamó Town—. Veo que trata de sacar un arma; por su bien, le aconsejo que no lo haga.

El individuo se sobresaltó y acabó por obedecer la orden, lo mismo que su compañero. Town hizo un gesto con la cabeza.

—Scylla, da la vuelta por detrás y quítales las armas —dijo.

—Ahora mismo, Kerry.

Momentos después, Scylla se hallaba en poder de dos pistolas de pavoroso aspecto.

—Mira a ver si tienen más armas —indicó Town.

La muchacha registró los bolsillos exteriores. De súbito, sacó algo que le hizo lanzar una exclamación de asombro.

—¡Kerry, un mapa igual al que hallamos en casa de Diana Lugg! —exclamó.

—Ya lo veremos después —contestó él—. Ahora, busca algo para atar a esos dos individuos.

—Tienes razón, Kerry.

Un cuarto de hora más tarde, los dos intrusos estaban sentados en sendos sillones, a los cuales habían sido atados sólidamente, por medio de cordones de cortinas y tiras hechas de un par de sábanas.

—Bueno, ahora ya podemos mirar el mapa —dijo Town.

Scylla trajo el mapa. Los dos lo contemplaron juntos durante unos momentos.

—Parece más completo que el otro —opinó él.

—Sí, eso creo... pero las líneas paralelas que atraviesan Middle Hill siguen preocupándome.

A Town se le ocurrió una idea, pero prefirió callarla por el momento. Se acercó a los prisioneros y formuló una pregunta:

—¿Adónde ha ido el señor Gann?

Los prisioneros intercambiaron una mirada, como consultándose en silencio acerca de la respuesta que debían dar. Uno de ellos, al fin, dijo:

—Tengo entendido que quiere comprar ciertas herramientas.

—No sabemos más —añadió su compinche.

—¡Hum! —dudó Town—. A mí me da la sensación de que ustedes son guardaespaldas del señor Gann. ¿Me equivoco?

—El señor Gann paga bien —contestó el primero, significativamente.

Town se volvió hacia la muchacha.

—¿Has oído, Scylla?

Ella hizo un movimiento afirmativo. Parecía muy triste.

—Me siento defraudada —declaró.

—En este mundo todos, un día u otro, nos llevamos alguna dura sorpresa —dijo Town, con acento sentencioso—. Pero como me da la sensación de que estos dos tipos no son más que unos simples asalariados, que no conocen, a pesar de todo, la auténtica realidad, lo mejor será que nos sentemos a esperar a tu tío.

Town buscó una botella y se sirvió unos dedos de whisky.

—Tengo la impresión de que va a resultar una conversación muy interesante —añadió.

Jaffert Gann abrió la puerta, entró y al ver a sus acólitos atados y amordazados, lanzó una exclamación de asombro. Dejó en el suelo el maletín que traía consigo y corrió para liberar a los prisioneros.

Town se lo impidió con una seca orden:

—Será mejor que se esté quieto, señor Gann, o tendré que usar la pistola que tengo en la mano.

Gann giró en redondo. Al otro lado de la puerta estaban Town y Scylla.

—Hola, tío —saludó ella de mala gana.

—Scylla... Pero ¿qué haces tú aquí? —preguntó Gann, atónito.

—Contemplar a un muerto vivo —dijo Town—. Siéntese en el diván, Jaffie —ordenó.

Gann obedeció, desconcertado, pero también furioso. Town se situó en el centro, a un costado.

—Háblenos ahora del sello, señor Gann —pidió.

—No lo tengo yo —respondió hoscamente el tío de Scylla.

—Me lo imagino. Pero ¿cuál es su misterio? Vale una fortuna; sin embargo, hay quien opina que su valor es infinitamente superior al que comúnmente se cree.

—¿Cree que se lo voy a decir? —rezongó Gann, sin abandonar su tono de mal humor.

—Scylla, examina el maletín que ha traído tu tío. Puede que eso nos diga algo muy interesante.

—Sí, Kerry.

Momentos después, Scylla decía:

—Hay una linterna de gran potencia, un piolet de alpinista y una pequeña pala. También alicates, cizalla y un taladro eléctrico, movido por batería.

—Eso me huele a caja de acero que es preciso forzar —dijo Town—. ¿Me equivoco, señor Gann?

El aludido permaneció silencioso. Town añadió:

—Cierra el maletín; lo usaremos nosotros.

—¿Piensa que voy a estar quieto? —gritó Gann descompuestamente.

Town le apuntó con la pistola.

—Trate de moverse y verá lo que le pasa —dijo con frialdad.

Gann pareció sentirse muy impresionado por la respuesta. Town continuó:

—Hay algo que todavía me sigue intrigando. Un tipo, ya con un puñal en las costillas, me entregó un paquete con el sello de los Grantwell. ¿Por qué a mí precisamente?

—Bull Fyfe era un idiota —masculló Gann—. Las órdenes que tenía era de entregar el paquete a Terry Downe, que vive a poca distancia. Debió de entender mal y se lo dio a usted.

—Fyfe debía de ser duro de oído —sonrió Town—. Pero ¿quién le apuñaló?

—Le atacaron por sorpresa, a pesar de que iba prevenido. Fyfe pegó un tiro al que le apuñaló y lo mató. Luego le buscó a usted... Sin duda debió de creer que la herida recibida no era grave.

—Una creencia errónea. Ahora, dígame, ¿quién es Downe?

—Un experto en joyas.

—Ah, iban a desmontar el sello.

—Sí.

—¿Para qué?

Gann apretó los labios. Town optó por cambiar el sentido de su interrogatorio.

—Entonces, fue usted el que robó el sello —dijo.

—Sí —confirmó Gann.

—Cuente cómo lo hizo, por favor. Scylla debe escucharlo.

—Él me dijo que lo haría para devolvérmelo —intervino la muchacha.

—Pero no fue así, porque, sin duda, supo su secreto, el mismo no ha querido revelarnos. ¿Entró usted en Grantwell Castle?

—Sí —confesó Gann—. Luego fingí que me iba, pero me quedé en el castillo.

—Había una alarma especial que protegía a la joya. Gann

sonrió.

—Ninguna alarma funciona carente de electricidad —contestó.

—Ah, hizo saltar los fusibles.

—Sí, pero a la madrugada, claro, cuando todos dormían. De este modo, con las luces apagadas, nadie supo que faltaba la energía durante unos momentos.

—Y luego, tranquilamente, abandonó el castillo y entregó la joya a Fyfe para que la llevase a desmontar.

—Sí.

—Alguien se enteró de sus propósitos... La señora Lugg, supongo.

Gann volvió la cabeza a un lado, como si no quisiera hablar. Town fijó la vista en Scylla.

—De ti depende —dijo—. Según lo que decidas, me iré o seguiré contigo.

—¿Qué es lo que vas a hacer, Kerry? —preguntó Scylla.

—Atar a tu tío también, para que no nos moleste mientras hacemos una excursión a Middle Hill.

—¿Dejarás que ese hombre me ate como un salchichón, sobrina? —gritó Gann.

Scylla calló durante unos instantes. Town la observaba con toda atención.

El silencio era absoluto. Las dudas de Scylla se reflejaban claramente en su rostro, pero, de pronto, su expresión cambió y se hizo más decidida:

—Atalo, Kerry —exclamó con firme acento.

CAPÍTULO XIII

A la luz de la linterna, Kerry examinó sucesivamente los dos mapas conseguidos, tratando de encontrar las diferencias existentes entre ambos.

—Yo creí que íbamos a ir a Grantwell Castle —dijo la muchacha.

Estaban al pie de Middle Hill, al otro lado de Grantwell Castle. La casa de Scylla quedaba oculta por el cerro sobre el cual se hallaba edificado el castillo.

—Lo que hemos de encontrar no está en Grantwell Castle —contestó Town, pasados unos instantes.

—Aquí sólo hay una colina, hierba, matorrales, algunos árboles...

—Y la entrada de un túnel que atraviesa la colina. Scylla se quedó estupefacta al oír aquellas palabras.

—¿Un... túnel? —repitió.

—Exactamente. Me ha costado, pero al fin he conseguido saber qué significan las dos líneas paralelas que, en el mapa, atraviesan Middle Hill. Mis suposiciones se vieron confirmadas por las herramientas que compró tu tío, en especial la linterna de gran potencia.

—Entiendo, Kerry. Pero ¿qué hay en el túnel?

—El secreto del sello. No sé qué es, pero está en el túnel.

Town continuaba examinando los mapas.

—Me pregunto por qué tenía el mapa uno de los guardaespaldas de mi tío, en lugar de tenerlo él mismo —dijo Scylla.

—Probablemente para prevenirse, caso de ser hecho prisionero. No podría entonces entregar algo que no tenía, ¿comprendes? ¡Ah —exclamó él, de repente—, creo que ya lo he encontrado!

Town había puesto el segundo mapa de modo que pudiera contemplarlo al trasluz. En el centro de las dos líneas de trazos que señalaban el túnel bajo la colina, pero hacia el extremo más

próximo a la costa, se divisaba una cruz de líneas sumamente finas.

—Tinta invisible —dijo Scylla.

Town se echó a reír.

—Nada de eso, sino algo mucho más sencillo —contestó—. Un poco de grasa, en la punta de un mondadientes, lo justo para impregnar el papel y que sólo se vea al contemplar el mapa al trasluz.

—Un ardid muy ingenioso —convino la muchacha—. Pero ¿qué significa?

—El lugar dónde está el cofre del tesoro.

—¡Cofre del tesoro! —resopló Scylla—. Tú has leído demasiadas novelas de aventuras.

—Es probable —admitió Town, impávido—. Pero un mapa, una linterna, un pico, una pala, unas herramientas propias para romper una cerradura... ¿qué otra cosa pueden significar?

—Tienes razón —concordó la muchacha—. Es algo muy significativo... y ya ardo en deseos de contemplar ese tesoro.

—Pero quizá no puedas disfrutar de él. ¿A quién pertenece?

Scylla guardó silencio. Era una pregunta de respuesta punto menos que imposible.

—En todo caso, a mí lo que me interesa es probar mi derecho a la propiedad del sello —dijo al cabo.

—Ahora no puedes hacerlo, ¿verdad?

Scylla hizo un signo negativo.

—Lo conseguiré —dijo.

—Pero ¿tan importante es para ti, Scylla?

—No es el valor del sello en sí, sino que se reconozcan mis derechos, eso es todo, Kerry.

Town se quedó muy pensativo al escuchar aquellas palabras. ¿Acaso pertenecía a Scylla legalmente el título de Grantwell?

Habían caminado unos pasos, buscando ahincadamente entre los matorrales que crecían por la ladera de la colina. Town opinaba que la entrada del túnel debía de estar muy bien enmascarada por los arbustos o ya la habrían encontrado.

Scylla le ayudaba incansablemente. De pronto, cuando ya empezaban a sentirse desanimados, Town, al separar con la mano unos arbustos, vio delante de sí una negra oscuridad.

—¡Al fin! —exclamó—. Ya hemos dado con el túnel.

Era una abertura de no grandes dimensiones, poco más de dos metros por uno y medio de anchura. Había algunas vigas para entibado y las maderas aparecían ya viejas y carcomidas.

—Me da miedo entrar ahí —dijo Scylla.

—No te queda otro remedio que hacerlo, si quieres ver el cofre del tesoro —sonrió Town, a la vez que la empujaba suavemente hacia adelante.

Pero apenas habían dado unos pasos, oyeron voces a lo lejos, detrás de ellos.

—Creo que ya estamos sobre la pista, Lear. —Sonó una voz de mujer.

En el absoluto silencio de la noche, la voz se escuchaba con toda claridad, pese a que había unos cien pasos de distancia. Veloz como el pensamiento, Town agarró a la muchacha y tiró de ella hacia otro grupo de arbustos situado a la derecha de la entrada.

—Silencio, no hagas el menor ruido —recomendó él en voz baja. Agazapados tras el matorral, esperaron unos minutos.

Dos siluetas se vieron a poco. La oscuridad impedía reconocer sus facciones.

Town y Scylla contenían el aliento. Repentinamente se oyeron varios disparos.

Las lenguas de fuego taladraron las tinieblas. Se oyó un chillido femenino.

Otra pistola contestó a los disparos. De pronto, se oyó un ronco gemido.

Alguien cayó al suelo. Una voz masculina intimó:

—¡Levante las manos, señora Lugg!

—Estoy desarmada —declaró Diana.

—Mejor para usted, señora.

Scylla pegó sus labios al oído del joven.

—Es lord Grantwell —susurró.

Town contuvo un gesto de sorpresa. «¡Quién lo hubiera dicho!», pensó.

Varias siluetas se hicieron visibles en aquel momento. Alguien encendió una linterna.

—Shaddock está muerto, sir Malcolm —informó.

—Él se lo buscó —dijo lord Grantwell fríamente.

Y se acercó, pistola en mano, a Diana Lugg, que permanecía en

pie.

—Lo siento por usted, señora —dijo.

—¿Va a matarme? —preguntó Diana.

—Sí, aunque no en este momento ni de un tiro. Tengo otros planes para usted, señora. ¿Kit?

—Dígame, sir Malcolm.

—Hay que meter el cuerpo de Shaddock en el túnel. Pueden hacerlo usted y Mark.

—Sí, señor.

Potts y Mac Taid arrastraron el cadáver de Shaddock hasta el túnel. Luisa les alumbraba con una linterna de gran tamaño.

—Ya está, sir Malcolm —anunció Mac Taid momentos más tarde.

—Muy bien; ahora usted, señora —indicó lord Grantwell, dirigiéndose a Diana.

La joven se sentía terriblemente asustada. Estaba convencida de que había llegado el último momento de su vida.

—¿Las herramientas, Kit? —dijo sir Malcolm.

—Un momento, señor —contestó Potts.

Town y Scylla continuaban escondidos, sin atreverse apenas a respirar. Ahora ya sabían que el asunto iba completamente en serio. Lord Grantwell les haría asesinar sin piedad, si llegaba a descubrir su presencia en aquel lugar.

Potts había salido del túnel y volvió a poco con una pala y un pico. Scylla comprendió que Town había acertado plenamente.

—¿Cuánto tardarán? —preguntó lord Grantwell.

—Menos de una hora, de ninguna manera, sir Malcolm —respondió Potts.

—Bien, entonces, aten primero a la señora Lugg. No tengo ganas de molestarte todo el rato, apuntándola con la pistola.

La orden fue obedecida de inmediato. Minutos más tarde, lord Grantwell se quedaba solo.

Por señas, Town indicó a Scylla que se disponía a atacar a lord Grantwell. Scylla le agarró por una mano a la vez que hacía un gesto negativo con la cabeza.

—Espera, que ahora Diana no corre peligro —murmuró con voz apenas audible.

Transcurrió una hora larga.

Una sorda explosión resonó a lo lejos, en el fondo del túnel. Town alzó la cabeza, vivamente sorprendido.

Minutos más tarde se oyeron pasos precipitados.

—¡Ya lo tenemos, papá! —Sonó la voz jubilosa de Luisa.

—¡Magnífico! —exclamó lord Grantwell—. Valía la pena haber esperado tantos años.

—El cofre pesa bastante, señor —dijo Mac Taid.

—Bueno, ya lo abriremos en casa con toda tranquilidad —contestó lord Grantwell—. Ahora vamos a ocuparnos de esta pájara. ¿Han necesitado mucha dinamita?

—No, señor, bastó un cartucho; el túnel se hallaba en muy malas condiciones.

—Aquí está algo mejor —terció Potts—. Tendremos que usar dos cartuchos, sir Malcolm.

—Muy bien, como gusten.

—¡Me van a enterrar viva! —chilló Diana, espeluznada.

—Lamentablemente para usted, ésas son nuestras intenciones —contestó lord Grantwell con asombrosa frialdad.

Diana se echó a llorar. Insensibles a sus súplicas, los dos hombres la arrastraron hasta el interior del túnel.

Salieron a los pocos momentos. Potts dijo:

—La mecha durará unos quince minutos. Ella está atada a una de las vigas del entibado, de modo que no podrá apagarla.

—¿Por qué tanto tiempo? —se sorprendió Luisa.

—Nos conviene estar lejos de aquí cuando se produzca la explosión —respondió Potts.

—Es una buena idea —aprobó lord Grantwell—. Vamos, carguen con el cofre.

Los dos hombres asieron el cofre por los agarraderos que tenía a ambos lados. Echaron a andar, pero no habrían dado una docena de pasos cuando sir Malcolm voló de un tiro la cabeza de Potts.

Mac Taid, sorprendido, empezó a volverse. El siguiente proyectil le destrozó la cara.

Scylla se sentía horrorizada. Town tenía un nudo en el estómago.

—Vamos, hija —exclamó lord Grantwell, después de guardar el revólver—. El cofre pesa, en efecto, pero somos dos.

—Sí, papá.

Lord Grantwell y Luisa se perdieron en la oscuridad. Town percibió todavía sus voces:

—¿Qué pasará cuando encuentren los cadáveres, papá? —preguntó Luisa.

—¡Bah, Jaffert Gann cargará con las culpas! —respondió lord Grantwell desdeñosamente.

Town ya no esperó más. Poniéndose en pie, corrió hacia el túnel y encendió la linterna en la entrada. Siguió adelante y a cien metros divisó una chispa rojiza.

Diana estaba sentada en el suelo, con una mordaza en la boca, atada a una de las vigas. Town apagó la mecha a pisotones y se arrodilló junto a la mujer.

La linterna quedó en el suelo. Sacó una navaja y cortó las ligaduras de la mujer. Diana sollozó histéricamente.

Town calmó sus nervios con un par de buenas bofetadas. Luego, sin dejarla respirar, la empujó hacia la salida.

—¡Corra! —ordenó imperativamente—. Voy a encender la mecha de nuevo, para que crean que ha quedado enterrada en el túnel. Y no grite.

Diana se alejó a trompicones. Town limpió la mecha en el punto donde estaba pisoteada y volvió a encenderla con un fósforo.

Luego recogió la linterna y se alejó a la carrera. Cuando salió, vio a Scylla que sostenía a Diana.

—Debemos apartarnos a un lado —dijo—. Quedan menos de cinco minutos.

Las dos mujeres obedecieron sin chistar. Minutos después, se oyó un tremendo estampido.

Una nube de humo y polvo brotó por la boca del túnel. Los ruidos del derrumbamiento siguieron inmediatamente al de la explosión.

—¿Y ahora? —dijo Scylla.

Town miró hacia el valle.

—Creo que deberíamos dar una sorpresa a lord Grantwell —contestó—. ¿Te parece bien?

—Me parece de perlas —aprobó la muchacha.

—Yo me uno a la sorpresa —dijo Diana furiosamente.

—Sí, pero obedezca mis órdenes o la vuelvo a atar. ¿Ha comprendido, señora? —habló Town con voz enérgica.

Diana asintió. Town abandonó la maleta con las ya inútiles herramientas y, seguido de las dos mujeres, caminó con paso firme hacia Grantwell Castle.

CAPÍTULO XIV

El cofre estaba sobre una mesa. Era una sólida caja de hierro, que ofrecía visibles señales de oxidación, con un tamaño de unos sesenta o setenta centímetros de largo, por cuarenta de ancho y unos treinta de alto. A pesar del tiempo transcurrido, la estructura se veía firme y robusta.

Los ojos de lord Grantwell brillaban de codicia.

—Estamos a un paso de la fortuna, Luisa —dijo—. ¿Qué piensas hacer con tu parte?

—Detesto este país —respondió ella—. El clima... Buscaré un sitio donde luzca el sol todos los días, creo que ya me comprendes.

—Por supuesto, y te alabo el gusto. Yo también me iré de viaje, aunque todavía no lo tengo decidido. Una temporada en París, tal vez; luego Italia, Capri, Grecia... En fin, será un poco como aquel que sale de casa a dar un paseo y va adónde le llevan las piernas.

—No está mal pensado —dijo Luisa—. ¿Qué vas a hacer del sello?

Sir Malcolm volvió la mirada hacia la vitrina donde se veía la joya familiar, resplandeciendo en su lecho de terciopelo negro.

—La guardaré en un Banco —contestó—. Es el orgullo de los Grantwell, pero si estamos ausentes, alguien podría sentir de nuevo el deseo de robarlo otra vez.

—Tendrás que dar explicaciones acerca de cómo ha vuelto a tus manos.

—No habrá dificultades, Luisa. Diré que fue una devolución en secreto, con el compromiso de no denunciar al ladrón. Y puesto que, a fin de cuentas, la joya está otra vez en casa, ¿para qué molestar a la justicia?

Luisa rió argentinamente. Luego dijo:

—Vamos, abre —exclamó, impaciente—. Estoy ardiendo de curiosidad por conocer el tesoro.

—Nos va a costar un poco. La llave debe de haberse perdido y a saber dónde estará...

—La cerradura saltará con unos cuantos golpes de cortafríos —opinó la joven.

Lord Grantwell empuñó el martillo y golpeó con fuerza. A los cuatro o cinco golpes saltó la cerradura.

Las herramientas fueron arrojadas a un lado. Lord Grantwell puso ambas manos sobre la tapa del cofre, pero antes de levantarla miró a la joven de soslayo.

Luisa se sentía nerviosísima.

—¿Abro? —murmuró él.

Ella hizo un gesto de asentimiento. Sir Malcolm hizo fuerza; las bisagras estaban muy duras, a causa de la herrumbre. Pero, al fin, la tapa empezó a girar, produciendo al hacerlo desagradables chirridos.

La tapa quedó levantada por completo y el contenido del cofre apareció al descubierto.

Un grito de rabia escapó de los labios de ambos:

—¡Arena y piedras!

—¡Sólo piedras y arena...!

Luisa sintió que le flaqueaban las piernas y se sentó en una silla. La cara de sir Malcolm aparecía contraída por la furia.

—Eso ha sido obra del forajido de Gann, sin duda —dijo—. En cuanto le vea, le...

—Dudo mucho de que tenga usted ocasión de ver a mi tío, sir Malcolm. —Sonó repentinamente la voz de Scylla—. En todo caso, lo que discutan usted y él me es indiferente. Yo sólo quiero una cosa y he venido a llevármela.

Luisa se levantó de un salto y chilló al ver a Diana Lugg. Lord Grantwell giró en redondo y trató de sacar la pistola, pero se inmovilizó al ver la que Town sostenía en su mano derecha.

—Sentiría mucho pegarle un tiro, sir Malcolm —dijo el joven—, aunque ya sé que usted está ardiendo en deseos de volarme la cabeza, como ha hecho con tres hombres esta misma noche.

Luisa se puso pálida.

—Lo ha visto todo —exclamó.

—Desgraciadamente para ustedes, sí —confirmó Kerry—. Estábamos escondidos en las inmediaciones del túnel cuando

llegaron primero la señora Lugg y Shaddock, y luego ustedes cuatro... No hace falta que diga más, ¿verdad?

—Así pues, liberaron a Diana... ¡Pero la explosión se produjo! —exclamó Luisa.

—Bien, había que hacer que se confiaran ustedes —respondió Town—. Apagué primero la mecha, solté a Diana y luego la encendí de nuevo. Si no se hubiera producido la explosión, ustedes habrían recelado algo y quizá hubieran vuelto a investigar. Comprenderán que nos convenía más hacer que ustedes creyeran que todo había salido a medida de sus deseos.

—Muy astuto, señor Town —dijo lord Grantwell—. ¿Qué piensan hacer ahora?

Town lanzó una mirada al cofre.

—Y por unos cuantos kilos de arena han muerto varias personas... —murmuró con aire pesimista.

—¿Dónde está el tesoro? —preguntó Scylla.

—Sólo había arena y guijarros cuando lo abrimos —contestó Luisa—. Tu tío ha debido llevarse antes el contenido del cofre.

—¡Caramba con el tío Jaffie! —exclamó Town—. No se deja perder una, ¿eh?

—De todas formas, a mí sólo me interesa una cosa —exclamó Scylla, a la vez que avanzaba impetuosamente hacia la vitrina.

—¡Quieta ahí! —gritó lord Grantwell—. El sello me...

—Déjela —ordenó Town—. Scylla tiene derecho a probar sus manifestaciones.

Bajo la amenaza del arma, sir Malcolm se vio constreñido a permanecer inmóvil. Scylla se acercó a la vitrina, en la que aún no se había repuesto el cristal protector, cortado por Gann, para apoderarse del sello, y lo tomó en sus manos.

Luego se volvió hacia los presentes, contemplándoles con ojos en los que brillaba un extraño fulgor.

—Voy a probar que la joya me pertenece —dijo con voz firme.

Acercándose a la mesa, puso el sello encima y asió la empuñadura con fuerza por la parte superior. Hizo un seco movimiento de torsión y la mitad de la empuñadura giró. Scylla le hizo dar vueltas, hasta desenroscarla por completo.

Dentro de aquel trozo de empuñadura había un papel enrollado. Scylla lo sacó y, tras alisarlo con las manos, leyó en voz alta:

«Dejo en herencia el sello de los Grantwell a mi hermana Mabel o a sus descendientes.

»Firmado:

»Archibald Winston Grantwell».

Luego miró a sir Malcolm con aire desafiante.

—Me lo dijo una antigua ama de llaves de sir Archibald, nuestro abuelo, con la que él tuvo siempre gran confianza. Su padre, sir Malcolm, debía de conocerle a usted demasiado bien, pero, a lo que parece, murió antes de poder hacer un testamento en regla. Sin embargo, antes había metido dentro de la empuñadura este documento, que prueba mi derecho al sello de modo hartamente contundente, como hija de Mabel. Pero si usted lo desea, podemos llevar el asunto a los tribunales.

Lord Grantwell estaba mudo de rabia. Scylla guardó el documento en su seno y luego enroscó de nuevo la empuñadura, para dejarla en su primitivo estado.

—Nunca hubiera reclamado el sello —agregó—. Pero usted ya tenía las tierras y el castillo. Me parece que la distribución era justa.

—El problema estriba ahora en saber cómo se llegó a conocimiento de la existencia de un tesoro y de su origen —intervino Town, tras una ligera pausa.

—La empuñadura del sello se desenrosca también por la base, es decir, por la parte de la montura de la esmeralda —dijo Luisa—. Dentro del hueco había un documento que señalaba la existencia de un tesoro al otro lado de las Sea Wall Hills, aunque el documento no era demasiado explícito.

—Y empezaron a indagar —supuso el joven.

—Sí. Teníamos noticias de que antiguamente Windrohan era un centro de contrabando muy importante. La costa, al otro lado, está solitaria, pero los buques del Resguardo patrullaban con frecuencia, desembarcando incluso escuadras de fusileros para recorrer la costa. A fin de desaparecer cuanto antes y evitar la sorpresa del encuentro con alguna patrulla, los contrabandistas excavaron el túnel con infinita paciencia... Prácticamente, se puede decir que toda la población colaboró en los trabajos.

—Pero eso debió de ocurrir hace muchos años —dijo Town.

—Entre ciento cincuenta y doscientos, si bien luego, con el paso del tiempo, el contrabando decayó muchísimo y, se puede decir, ha

desaparecido totalmente, al menos en la forma en que se hacía antes y con el túnel como vía de acceso. Son casi dos mil quinientos metros los que tiene de longitud y ambas salidas estaban muy bien disimuladas por matorrales. Windrohan era una población muy pequeña en aquella época, y el secreto se mantuvo fácilmente, aparte de que convenía a todos.

—Y el documento que había en el mango del sello indicaba la existencia de un tesoro.

—Sí. Las transacciones se hacían, lógicamente, con monedas y es de suponer que se emplease el oro de un modo casi exclusivo. No se ha sabido nunca quién escondió el cofre lleno de monedas, como tampoco se sabe quién se las ha llevado.

Town contempló unos instantes la caja de hierro. Llena de monedas de oro, pensó, debía de constituir un espectáculo fascinante. Y las monedas, además de su valor intrínseco, tenían el histórico, que aumentaba increíblemente la importancia del tesoro.

—Pero ¿cómo llegaron a conocimiento de que el tesoro se hallaba en el túnel? —preguntó.

—Primeramente, lo sospechamos, como sitio más lógico para esconderlo. Luego hurgamos en los archivos del castillo y hallamos una referencia un tanto vaga, pero lo suficiente para darnos una buena pista. El resto...

—El resto deberá explicarlo tu tío, Scylla —dijo Kerry, volviéndose un poco hacia la muchacha.

—Ese condenado traidor... —masculló lord Grantwell.

—¿Por qué traidor, sir Malcolm? —preguntó súbitamente el aludido.

Un nuevo factor de sorpresa se agregó a la situación, pues Jaffert Gann apareció en la entrada armado con una pistola.

—Kerry, tire el arma —ordenó a renglón seguido.

—¿Disparará contra mí, si no lo hago? —preguntó Town.

—Me bastará con partírle una pierna —dijo Gann fríamente.

Y como el joven viera que Gann parecía dispuesto a cumplir su amenaza, dejó caer el arma al suelo.

—Antes le hice una pregunta, sir Malcolm —recordó Gann—. ¿Por qué me considera un traidor?

—No tengo nada que decir —respondió hoscamente lord Grantwell—. Ya he hablado bastante.

—Usted permaneció una temporada en el castillo, ordenando el archivo —exclamó Luisa—. Entonces fue cuando conoció la existencia del tesoro.

—Y también el incuestionable hecho de que el sello pertenece a Scylla —dijo Gann con frialdad en la voz—. Pero tú, Luisa, recordarás sin duda que os propuse repartir todo y tu padre se negó. Lo quería todo para él...

—Y nos ha dado arenas y piedras. Bien se ha burlado de nosotros, Jaffie.

Gann sonrió de un modo extraño.

—No, yo no me he burlado de nadie —contestó—. Alguien se burló de todos nosotros hace muchos años.

—¿Cómo? —gritó Scylla—. ¿Quiere decir que usted tampoco tiene el tesoro, tío Jaffie?

—No, muchacha, no lo tengo yo. Por lo que he podido deducir, alguien, cuya identidad es probable no lleguemos a saber nunca, se enteró de su existencia hace muchos años y arrambló con el oro, dejando en su lugar arena y piedras. He oído hablar de un tal Fergus Mac Albertson, que heredó una enorme fortuna hace lo menos cincuenta años, de un modo súbito, y que emigró de la aldea. Quizá fue él quien encontró el tesoro; en todo caso, eso ya no importa en absoluto.

—Debió de ser un humorista el tal Mac Albertson —dijo Town—. Pero usted llevaba dos hombres para ayudarle a desenterrar el cofre y abrirlo después...

Gann sonrió amargamente.

—Tuve que hacerlo —explicó—. Me habían ayudado en todas estas peripecias y les había prometido una participación en el oro. Pero yo ya había encontrado el cofre y me enteré de su contenido. No podía decirles, simplemente, que alguien se había llevado el tesoro; era preciso convencerles de una manera irrefutable.

—Apuesto algo a que esos tipos tuvieron mucho que ver con los hombres que aparecían apuñalados por todas partes.

—Sobre eso, tendrían mucho que decir Potts y Mac Taid, los cómplices de sir Malcolm... En realidad, eran los que financiaban la operación. Sir Malcolm está arruinado.

—Han muerto —dijo Town—. Él los mató a tiros.

—No quería compartir el tesoro, ¿eh? —dijo Gann irónicamente

—. Disparó unas balas inútilmente, milord.

La cara de lord Grantwell aparecía contraída por la furia. Pero seguía manteniendo un hosco silencio.

—Jaffie, ahora tiene que explicar usted cuál es el papel de Diana Lugg en este asunto —pidió Town.

Gann miró de reojo a la aludida, que se había puesto súbitamente encarnada.

—Nos hicimos buenos amigos casualmente —respondió—. Algo más que buenos amigos, pero todo lo que yo le decía, se lo contaba ella inmediatamente a Shaddock, quien, a su vez, era amigo de Potts y de Mac Taid. Pero éstos debieron de pensar que tal amistad no les resultaba conveniente. En realidad, fueron los verdaderos asesinos, incluyendo al tipo de la posada, amigo de los otros dos que hoy vinieron conmigo a Windrohan. Y ellos dos fueron también los que contrataron a Merrain y a Barris para poner la bomba en casa de Diana Lugg.

—Mac Taid era un tipo listo. Dejó una bomba en el paquete que se suponía que contenía el sello.

—Estuve a punto de morir. —Se estremeció Luisa.

Y Town, al oír aquellas palabras, pensó que Luisa no había sentido en absoluto la muerte de Mac Taid, considerándola como una venganza.

—Pero Mac Taid se fue de la posada con aquel bebedor solitario —dijo Town.

—Era otro de mis amigos —contestó Gann—. También está muerto.

Town se estremeció.

—Demasiados crímenes por un montón de arena y piedras —murmuró.

—Un momento —exclamó Diana—. En lo que respecta a los asesinatos, yo no tengo la menor culpa. Se me puede acusar de coacción, de conspiración para robar... pero nada de lo que se refiera a un homicidio.

—Eso tendrá que explicárselo usted a la policía, señora Lugg —dijo Town.

—La hemos avisado desde Windrohan antes de venir al castillo —agregó Scylla.

Hubo un movimiento de pánico entre los culpables. Lord

Grantwell se abalanzó hacia la mesa, con ánimo de apoderarse del martillo y tirárselo a Gann, pero éste se le anticipó y disparó dos veces.

Se oyó un alarido inhumano. Lord Grandwell se llevó la mano al pecho, giró lentamente sobre sí mismo y rodó al suelo, en medio de la estupefacción y el asombro de los presentes.

—¡Tío Jaffie! —dijo Scylla, apenada.

El mismo Gann parecía sorprendido de su gesto. De súbito, Luisa le arrojó a la cara un puñado de arena.

Cegado, Gann disparó al azar. Luisa se había agachado ya con enorme rapidez y, apoderándose de la pistola que había pertenecido a Town, hizo fuego contra Gann.

Town reaccionó demasiado tarde. Cuando quiso evitar los disparos, Gann ya estaba caído en el suelo. Luisa forcejeó enloquecida, pero el joven acabó por desarmarla, apenas unos segundos antes de que varios hombres de uniforme, siguiendo al inspector Harwood, entrasen en la estancia.

—Hemos llegado demasiado tarde. —Se lamentó Harwood.

Town hizo un movimiento con la cabeza.

—Quizá ha resultado así más conveniente —opinó, mientras atraía contra su pecho a Scylla, que lloraba afligidamente.

Llamaron a la puerta. Town terminó de cerrar la maleta y se dirigió hacia la entrada.

Scylla apareció en el umbral, con un par de maletas a sus pies.

—Hola —dijo la joven, sonriendo alegremente.

—Caramba, no esperaba verte tan pronto —exclamó Town.

Scylla suspiró.

—La vida sigue, Kerry —contestó.

—Es cierto —admitió él—. Entra. Pero no podré dedicarte mucho tiempo.

—Te marchas, ¿verdad?

—Creo que ya es hora de que me tome mis interrumpidas vacaciones, Scylla.

—¿En Ibiza?

—Sobre ese punto, no he variado de opinión.

—Pero te ibas a ir sin mí, Kerry.

—Scylla, compréndelo; no me parecía prudente...

—Acaso pensaste que me convenía dejar pasar un poco de

tiempo para rehacerme, ¿no es así?

—Hablando con franqueza, eso es lo que pensé. —Le respondió Town.

—Pero también se te podía haber ocurrido que mi reacción sobrevendrá antes si alguien me ayuda —dijo Scylla.

Town escrutó atentamente los ojos de la joven.

Había en aquellas pupilas una luz que era la respuesta a su muda consulta.

—Sí, es cierto —dijo al cabo—. Me agradará infinito ayudar a tu reacción.

Scylla sonrió, a la vez que se colgaba de su cuello.

—¿Recuerdas? Te dije que no irías solo a Ibiza —susurró.

—No podría soñar en mejor compañía para estas vacaciones —contestó él.

—¿Sólo quieres mi compañía para las vacaciones? —le preguntó Scylla.

Town la besó suavemente en los labios.

—Para toda la vida —afirmó.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**se complace en recomendar
a sus lectores, las colecciones:**

HEROES DE LA PRADERA

**dedicada a las mejores novelas
de dos colosos del**

"WESTERN"

dos autores cuya fama crece día a día:

SILVER KANE y KEITH LUGER

y

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

**en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras de**

"CIENCIA FICCION"

**debidas a la pluma de los autores que
mayor éxito han obtenido entre los
aficionados a este género**



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

